



La
silueta
en la
niebla

Jorge Galán

La silueta en la niebla
Jorge Galán

El inicio

Primero fue la lluvia, que empezó en marzo y no acabó hasta diciembre. En ese período, hubo semanas enteras donde una lluvia rala y constante cayó sobre el país, dotándolo de una oscuridad que cambió el ánimo de casi todos. En los meses de julio y septiembre, las tormentas se sucedieron cada día, los cerros desaparecieron bajo la niebla, los ríos se desbordaron, y muchas ciudades se inundaron de forma permanente. Por entonces, se observó a los indigentes subir a los árboles. Como no podían dormir en las calles inundadas o llenas de fango, construyeron pequeños refugios que consistían en tarimas de madera cubiertas con bolsas de plástico. Pronto, hubo una extraña comunidad de hombres y mujeres en los árboles. Si se pasaba por la orilla del río conocido antiguamente como Acelhuate, se les podía observar entre las ramas, sentados o comiendo fruta o dormidos como extraños murciélagos.

Nadie tenía una explicación para la lluvia, pero todos asumieron que se debía al cambio climático. Y lo mismo se dijo cuando, a inicios del año siguiente, las temperaturas bajaron como nunca antes. Aquel enero hubo días de hasta menos veinte grados centígrados en regiones donde los termómetros jamás había llegado a los cero grados. Aquello generó una mortandad que hizo recordar escenas vividas un siglo antes, cuando una epidemia de fiebre amarilla había llenado las calles de cadáveres. Los de la comunidad de los árboles bajaron y encendieron fuego, pero no fue suficiente. En unos pocos días casi todos ellos murieron de frío. También fallecieron tantos ancianos que en los cementerios se tuvieron que improvisar predios nuevos, y cuando no dieron abasto, muchas personas enterraron a sus parientes en el patio de casa.

Aún no habían subido suficiente las temperaturas, cuando llegó la viruela. En 1979, la viruela había sido erradicada de la región,

y aquel brote, que empezó en varios lugares a la vez, fue tomado como un atentado biológico. Murieron millones en pocas semanas. Los hospitales se desbordaron de inmediato. Y la ayuda internacional, que fue mucha al principio, cesó de manera abrupta antes de cumplirse el primer mes. Pero incluso en aquel caos, de alguna manera los poderes políticos se mantenían, las personas asistían a sus trabajos, había cierta esperanza de que la situación se revirtiera. Todo ello acabó el día de la llegada de los helicópteros.

Aparecieron desde el norte una mañana, un enjambre de medio centenar de aparatos que oscurecieron el cielo igual que cuando se pone una tormenta. Atraídos por su ruido ensordecedor, no hubo quién no se asomara a una ventana, saliera a una terraza o quien no se detuviera para observarlos en la calle. Nunca se dio un anuncio oficial sobre lo sucedido. Tampoco fue necesario. Muy pronto los supermercados se llenaron de compradores angustiados y las farmacias acabaron sus existencias de productos. Las oficinas de gobierno quedaron vacías para el mediodía. Para media tarde las calles lucían desoladas. Era como si la sombra que produjeron aquellos aparatos hubiera sido un presagio que produjo una alarma genuina y terrible. Frente al televisor, no hubo quien no esperara un mensaje de las autoridades, pero este mensaje nunca llegó. Lo que sí llegaron fueron más lluvias y una niebla espesa y sombría que permaneció por semanas.

A los helicópteros se les observó descender detrás de unas colinas al occidente de la ciudad. Era casi de noche cuando se escuchó un estallido fuerte, que luego se supo había sido provocado por un choque entre dos de ellos. El primer enjambre apareció poco después de las nueve de la mañana y más allá de las diez de la noche se escuchó el sonido del último motor alejándose hacia el horizonte sombrío. Tampoco se supo a quiénes transportaron o hacia dónde. Sí se supo, más tarde, que ese fue el día que se cerraron las fronteras, una región que iba desde el sur de México hasta los grandes lagos de Nicaragua, quedó aislada por las autoridades de salud. Por la noche, ya no hubo servicio de internet. Dos días más tarde, se cortó la electricidad. Muy pronto, lo único que se podía observar eran las enormes columnas de

humo que salían de muchos lugares donde se quemaban los cadáveres. La oscuridad se había apropiado de todos y de todo.

El día de los helicópteros fue un miércoles. Para el viernes de esa misma semana todo se había convertido en un caos. El caos inicial.

Parte 1. Benjamín

Más allá de la medianoche

Benjamín despertó y supo que era más de medianoche porque el frío era insoportable. Otra vez había soñado con Teresa. Se había visto junto a ella en una colina junto a un bosque de cipreses griegos. Con el circo que trabajó había visitado Italia y esa colina era un recuerdo de ese viaje. En su sueño, Teresa hablaba y él no podía entender ni una sola palabra y eso lo había angustiado. Pensó que quizá ella quería comunicarse con él, revelarle algo nuevo.

Se sentó sobre el colchón y se concentró en escuchar si sucedía algo en la calle. Nada, ni siquiera la brisa o de lluvia. Tomó una camisa que estaba junto a él y se la puso. Hizo lo mismo con un gorro de lana. Entonces recordó que era el día de su cumpleaños. Si era más de medianoche, lo sería ya. Monseñor había pedido hablar con él ese día. José Luis le había comunicado el deseo de monseñor unos días atrás.

— Dice que vayás a verlo en tu cumpleaños.

— Puedo ir antes. Bien sabe que puedo ir cuando sea.

— Lo sabe, pero dice que tiene que ser ese día, quiere darte algo por tu cumpleaños. Algo solemne, un secreto. Eso me dijo.

— ¿Sabés qué es?

— Sé, pero no te voy a decir nada, no quiero arruinarle la sorpresa.

— Monseñor ya no está bien de la cabeza, José Luis. ¿Qué secreto va a darme? ¿Quién tiene secretos en esta inmundicia? Seguro es una tontería.

— Déjalo. Puede que no esté del todo bien, pero lo hace con buena voluntad. Además, aún guarda esperanzas de que todo se arregle, y eso lo hace mejor que casi todos nosotros.

— ¿Qué es eso? – preguntó Benjamín aquel día. Se encontraban en una casa abandonada, en lado norte de la ciudad. Un complejo habitacional que alguna vez había albergado familias de clase media, pero que había sido abandonado años atrás.

José Luis apartó unos cuantos pedazos de madera que se amontonaban sobre una caja de bordes platinados.

— Es un cofre –dijo José Luis.

— Yo sabía que algo íbamos a encontrar aquí. ¿Sirve la cerradura?

— Creo que no – dijo José Luis y abrió la tapa del cofre. En su interior encontró varias hojas de papel dobladas—. Son cartas.

José Luis desdobló una y leyó.

—Está firmada en México. Guadalajara, 1955. Querida Telma –leyó—, no hagas caso a Carolina, no ha sido mi culpa, te lo juro...Maldito infiel.

—¿Qué más hay?

—Firma un tal Javier –dijo José Luis y desdobló otra y otra más. Las tres eran de Javier a Telma, con apenas unos días de diferencia.

Ambos permanecieron revisando las cartas por unos minutos. Luego salieron de la casa y se sentaron en un banco de cemento de un desvencijado parque dos calles más allá. José Luis tenía el cofre en las piernas. Era media tarde y aún tenían un par de horas antes de que oscureciera. Revisaron la fecha en todas ellas. La mayoría eran de 1955 o 1956, luego, había tres de la navidad del año 59, y seis más entre noviembre y diciembre del año 1971. Ella, Telma, se había casado y enviudado, así que toda aquella nueva correspondencia era una reconciliación. Se encontrarían en Nueva York para celebrar el año nuevo.

—Tendríamos que haber buscado fotografías –dijo Benjamín.

—No hubiéramos podido encender un teléfono, así que es absurdo.

—Me refiero a fotografías de 1972.

— Ah claro, sí. Qué tonto, estoy un poco distraído.

—Si todo fue bien, seguro habrá en esa casa muchas fotos de Nueva York de ese año.

—¿Cómo es aquello? —quiso saber José Luis.

—Un nido de ratas luminoso —dijo Benjamín, al tiempo que se levantaba y bostezaba—. Es lo que es, un nido de ratas.

Algo se movió a través de los arbustos cercanos y ambos hombres giraron el cuello de inmediato.

Luego de unos segundos, no se escuchó nada más.

—Debe ser una rata —dijo José Luis.

—No hay perros a esta hora. ¿Qué hora es?

—Poco más de las tres.

—Media hora y nos vamos de aquí.

—Mejor nos marchamos de inmediato. Es lo mejor. Hay que ser precavidos estos días.

—Bien. Me parece bien.

En otro tiempo, aquel parque había servido de entretención al complejo habitacional. Al fondo del lugar había una cancha de baloncesto. A un lado, una pequeña piscina donde flotaban desperdicios vegetales en el agua verde y fétida. Junto a la piscina había unos columpios y un tobogán. Una ceiba enorme daba sombra a la zona de juegos.

—¿Qué me quiere decirme monseñor? —preguntó Benjamín.

—Que te diga él, es su secreto.

—Pobre monseñor... Yo también pienso que es un hombre bueno, pero esa bondad no sirve de mucho en estos días.

—Esa es tu opinión, pero pienso exactamente lo contrario, que eso es lo que necesitamos, algo de fe, o de ingenuidad para tener fe o esperanza o algo que sea parecido a una fuerza que nos haga seguir.

—¿Y si ya no querés seguir porque ya no te importa?

— Siempre te importa, aunque creás que no te importa — dijo José Luis y desdobló otra carta más y se puso a leer en voz alta, mientras caminaban en medio de la calle desierta.

Un automóvil blanco de cuatro puertas

Se levantó y asomó a la ventana, pero desde dónde se encontraba no podía observar lo que quería, así que tuvo que salir de la habitación, caminar hasta la sala y asomarse. No pudo observar nada tampoco desde allí, no por el ángulo si no por la lluvia y la oscuridad. Se preguntó si los cuerpos estarían aún dónde los dejó. De pronto, comprendió que debió haber hecho algo con ellos. Aún había luz cuando sucedió el incidente y lo peor había sido dejarlos en plena calle.

Todo había ocurrido demasiado pronto. Era poco después de las cinco de la tarde y caminaba en las calles solitarias de esa hora. Benjamín vivía en una colonia de casi cuatrocientas casas, todas deshabitadas menos una, el número veintiséis de una avenida, que Benjamín ocupaba por las noches para dormir en la misma habitación que había utilizado cuando niño. Aquella avenida se internaba, primero, en un bosque de pinos, y luego, al interior del cerro mismo donde habitaba una comunidad a la que pertenecían los tres hombres y la mujer que aparecieron en el carro blanco de cuatro puertas.

Lo que en otra época hubiese sido un luminoso día de finales de noviembre, no era más que un gélido día sombrío, cuya tarde había sido desde el mediodía un largo crepúsculo. El silencio, antes de escuchar el motor del automóvil, era profundo, extraño, gélido, como si en aquel mundo suyo no existiera nadie más que él. A veces, lejanos, se oían los aullidos de los perros, o las campanas de la iglesia, pero nada de eso se escuchaba aquella tarde mientras caminaba en medio de aquella hilera de construcciones abandonadas.

Le faltaban aún unos treinta metros para alcanzar la puerta de su casa cuando el automóvil cruzó por la esquina, en unos segundos lo alcanzó y dejó atrás. Se detuvo a unos veinte metros adelante con un frenazo. Benjamín se quedó quieto junto a la puerta de una casa y pensó si lo mejor era entrar. Le costó un instante comprender que habían llegado por él. Uno de aquellos hombres dijo algo, pero no lo entendió. Para entonces, Benjamín decía en susurros una especie de súplica Perdóname señor, porque no soy digno, Perdóname señor, repetía.

— No quiero hacerlo —dijo, en voz alta—. Por favor... Por favor...

Eran cuatro, tres hombres y una mujer. El que le había hablado se había adelantado a los otros y fue el primero en llegar.

Benjamín no sabía de dónde venía su talento, y, la mayoría de las veces, había renegado de esa especie de fuerza que nacía en su interior y que hacía que los objetos se movieran sin la necesidad de tocarlos. Eso lo había alejado de su madre. Cuando chico, eso lo había alejado de todo lo que conocía, incluso de Teresa. O eso pensaba. Así que se negaba a usarlo en cualquier situación, pero contra aquellos hombres no podía hacer otra cosa. Cuando el tipo del bate de béisbol se abalanzó contra él, Benjamín puso ambas manos delante para protegerse y el atacante fue lanzado por los aires como empujado por una explosión. Cayó sobre un automóvil desvencijado, unos diez metros más allá.

De inmediato, los otros tres corrieron a enfrentarlo.

—No te tengo miedo hijo de puta —gritó uno de los hombres, que sostenía un garrote con clavos en el borde.

Benjamín hizo lo mismo con ellos. Alguno gritó algo que se negó a entender. Los lanzó con tal fuerza, que los cuatro murieron al caer. Uno, contra la pared de una casa cercana. Otros dos, al golpearse contra el asfalto. Benjamín había perdido la conciencia los segundos que había tardado la escena. A veces pensaba que el golpe de adrenalina desconectaba su cerebro de todo el resto de su cuerpo. No podía saberlo. Lo cierto es que era una especie de extraño sueño en el que caía durante esta clase de arrebatos. Al despertar, observó los cuatro cuerpos en la calle. Entonces caminó hasta su casa, tardó un poco en introducir la llave en la cerradura, pues sus manos temblaban, pero cuando lo hizo entró de inmediato y luego cerró la puerta de la cochera con llave e hizo lo mismo con la puerta que daba a la sala, todo mientras pensaba que no tenía perdón, que era un asesino, y que, pese a lo que el padre José Luis le había dicho tantas veces, la salvación era algo que no conocería.

Una motocicleta

Hasta ese día, ninguno de los habitantes del cerro se había acercado a él. Benjamín sabía que lo observaban desde las colinas vecinas donde tenían cuadrillas de vigilancia, pero nunca le habían hecho una visita o interceptado en la calle. No sabía la razón, pero asumía que no lo consideraban peligroso ni había nada de él que los molestara. También pensaba que era probable que algunos de los que habitaban en esa comunidad fueran antiguos vecinos y lo hubieran reconocido, que supieran que era Benjamín, el hijo de la señora Sonia, que había regresado a buscarla. Aun así, no podía saber cómo reaccionarían cuando encontraran los restos de cuatro de los suyos en medio de la calle, a solo unas casas de donde él pernoctaba. Lo más probable era que lo creyeran culpable y buscaran venganza.

Luego de cerrar las puertas de entrada con llave, caminó a la cocina y luego abrió una puerta que daba hacia el patio y lo cruzó para ir a una pequeña habitación que, en otro tiempo, había servido de bodega, pero no había nada allí salvo una motocicleta y algunos litros de gasolina. Comprobó que todo estaba en su lugar. Revisó que el tanque de gasolina siguiera lleno y las llantas de la motocicleta estuvieran duras. Luego volvió a la cocina. Cogió una pequeña olla con frijoles que se encontraba sobre una estufa y la llevó a la habitación. Hasta antes del incidente, había tenido hambre. En el almuerzo había tomado una sopa de cebolla un tanto amarga, también algo de pan, lo que no le había sustentado demasiado. Probó una cucharada de frijoles, los tragó, pero de inmediato dejó de lado la olla y se recostó sobre el colchón que ocupaba de cama. La oscuridad a esa hora era casi total. Cerró los ojos y trató de olvidarse de los cuerpos, del sonido que habían hecho al estrellarse, y trató de pensar en pájaros. Hacía mucho tiempo que no veía ni escuchaba un pájaro, dado que se habían extinguido tiempo atrás en toda la región. Calculó qué hora sería en Tokio y supuso que amanecería ya. Le gustaba Tokio. Lo había visitado varias veces con el circo con el que había trabajado. Había visto muchos pájaros en aquella ciudad y el recuerdo que tenía de ellos era el de algo extraordinario. Quizá no lo eran, pero prefería pensar que sí. Cuando niño jamás le habían parecido nada

especial, pero cuando él era un niño vivía en un sitio donde existían los pájaros y se les podía ver habitualmente.

Descubrimiento

El descubrimiento de sí mismo había empezado por un ave: un perico australiano que su madre había recibido como obsequio por navidad de su hermana Rosaura. Cuando esto, Benjamín tenía cuatro años y su madre pasaba los días tirada en la cama, viendo hacia el cielo falso de la habitación o lloriqueando bajo las sábanas, sin levantarse siquiera para preparar el desayuno o la cena, alimentándose y obligándolo a alimentarse de lo que su tía Rosaura llevaba de vez en cuando o de pizza y pollo frito que pedía por teléfono. Benjamín jamás supo cuál era la razón de la tristeza de su madre, pero sí supo que lo único que la distraía en ocasiones era salir al patio y sentarse a observar al perico australiano, a quien había llamado Centella. Mirá que bonito es, qué colores más raros, le había dicho su madre, mientras contemplaba al animal. Entonces sucedió que una mañana el perico amaneció muerto en el piso de la jaula. No se supo qué le había sucedido, si había sido el frío o la comida lo que lo había matado, pero lo que importaba era que estaba muerto y su madre se entristecería mucho más de lo que ya estaba. Al menos eso pensó Benjamín. Por ello supo que quería que el perico celeste y verde que su madre llamaba Centella hiciera un breve espectáculo de vuelo, y supuso que podría hacer con el ave lo mismo que hacía con los lápices de la escuela o con las hojas de papel o las figuras de plastilina. Cuando, a media mañana, su madre salió al patio para darle de comer a su adorado Centella, Benjamín se escondió detrás del lavadero y fijó su vista en el animalejo muerto, y antes de que su madre pudiese darse cuenta, lo levantó por el aire igual que hacía con sus juguetes y sus utensilios de la escuela, y lo hizo levitar en el centro de la jaula. El espanto que sufrió la mujer al percatarse de que Centella flotaba con el cuello ladeado y sin batir las alas la hizo desmayarse. Su acto de magia no había salido nada

bien. Sin embargo, fue entonces que percibió por primera vez de manera consciente que había algo dentro de él, una fuerza inexplicable que hacía que las cosas pudieran moverse con solo su deseo, sin siquiera tocarlas.

Cuerpos devorados en la oscuridad

Se había quedado dormido junto a la ventana envuelto con un grueso edredón y despertó al escuchar unos gruñidos muy cerca en la calle. Ya no llovía. Y era claro que había perros salvajes afuera y devoraban los cuerpos.

Meses atrás, se había salvado él mismo de los perros. Todo había ocurrido el día que había visitado el lugar conocido como Los tres edificios.

—Vas a tener que quedarte —dijo Evelyn—. Para cuando terminemos, ya va a ser de noche y van a andar los perros en la calle.

—Lo hacemos y me voy —respondió Benjamín, que mentía. No quería quedarse en aquel lugar, tenía que volver a casa.

Evelyn vivía en uno de los apartamentos de Los tres edificios, situados en la zona sur de la ciudad, en compañía de otras tres mujeres, todas prostitutas como ella, que cobraban por sus servicios con algo de comida o de licor. El apartamento poseía una sola habitación con un baño. Cuando recibían un cliente, no había más privacidad que las sábanas que se echaban encima. A Benjamín nunca le importó eso. Llegaba por suplir una necesidad. Cerraba los ojos e imaginaba que era el cuerpo de Teresa el que poseía y no el de Evelyn. Nunca hablaba más de lo necesario, pero ella tampoco lo hacía. Jamás le había preguntado, por ejemplo, dónde vivía o en qué sitio estaba cuando empezó el caos, si había perdido su familia o lo quedaba alguien a quien cuidar. Él lo prefería así. No eran temas que hubiera querido conversar.

El apartamento olía a humedad, a ropa sucia y a restos de comida. Cuatro colchones se hallaban desperdigados en las cuatro esquinas del mismo, y había una mesa de madera rodeada de seis

sillas en el centro de todo. Sobre la mesa, un candelabro lucía tres velas apagadas. A lado de uno de los colchones, había un viejo televisor inservible. Junto a la puerta de entrada, bajo una ventana, se encontraba una cocina a gas de una hornilla. Una mujer rolliza vestida con un camisón transparente movía el contenido de una olla de vez en cuando. Aquella tarde había llovido, así que afuera el clima era un tanto gélido y había una niebla poco espesa en la calle, pero el sitio era tan pequeño y poco ventilado que hacía calor. Colgado en la puerta del baño, una página de calendario del mes de junio de 2018 mostraba un cuadro de dos bañistas, ambos hombres, que se besaban apasionadamente sentados en una piedra a la orilla del mar. Benjamín evitaba mirarlo, pues lo hacía sentir incómodo.

Se acostaron en uno de los colchones. Pronto, las manos de Evelyn se movieron en su cuerpo con habilidad, pero eran tan ásperas que Benjamín no llegó a disfrutarlas. La mujer rolliza en camisón ni siquiera volteó para mirarlos. Estaba demasiado acostumbrada a esas escenas para sorprenderse o sentir curiosidad. Unos minutos más tarde, cuando Benjamín estaba sumergido en lo que hacía con Evelyn, unas risas vulgares lo sacaron del placer de aquella escena y pudo observar, semejantes a siluetas detrás de una cortina de niebla, tres figuras que entraban al apartamento: dos mujeres y un hombre. Entonces quiso incorporarse, pero Evelyn no lo dejó, lo amarró con sus piernas y le pidió solo un momento, que se quedara así solo un momento. Él accedió porque no pudo hacer otra cosa. Al contrario de otras ocasiones, esta vez se sintió incómodo con los recién llegados.

— Tengo que irme ya – dijo Benjamín a Evelyn al cabo de unos minutos.

— Te dije que podías quedarte – dijo ella, en susurros.

— No va a pasarme nada – dijo Benjamín, y se quitó la sábana, se levantó y empezó a vestirse.

— Pero igual quisiera que te quedaras. Tengo ganas de que te quedés y no te va a costar nada más.

— No puedo.

— No me digás que no podés ¿Qué tenés que hacer? ¿Quién tiene que hacer algo que valga la pena en este lugar de mierda?

— Tengo que irme —dijo él. Ella se acercó para intentar besarlo y él la detuvo con su brazo extendido.

— No lo puedo creer – dijo Evelyn, subiendo la voz. Todos en la habitación voltearon a mirarlos—. Te pido que te quedés y preferís irte ¿Ya viste cómo está allá afuera?

— Sí – dijo Benjamín, mientras se ponía los zapatos.

— Está oscuro.

— Sí.

— Y están los perros y si te agarran los perros no vas a quedar vivo.

Benjamín no respondió. Siguió vistiéndose como si nada.

— Es tu asunto – dijo Evelyn, molesta, incrédula con lo que pasaba —. Es tu vida no la mía, pero no creo que nos volvamos a ver. Te lo digo en serio y cualquiera sabe que te lo digo en serio. Si te vas a esta hora lo que va a quedar de vos es un rastro de mierda.

— Quédese mejor – se atrevió a decirle una de las mujeres recién llegadas, que estaba sentada a la mesa junto con los otros—. Está oscuro. Nosotros entramos por eso.

— No hay nadie en las calles desde hace un buen rato– dijo el tipo.

— Es lo mejor – dijo alguien más—. A esta hora los perros andan por todas partes y con los perros no se juega.

Benjamín se levantó y caminó a la entrada del lugar sin mirar atrás.

Los perros

Benjamín sabía de la existencia de los perros salvajes, pero hasta entonces no los había visto. Al caer la noche, nadie osaba caminar por aquella región cuya oscuridad era total. Desde los incidentes, años atrás, se carecía de electricidad, y el tendido eléctrico era apenas un accesorio. Había escuchado los aullidos, los ladridos lejanos, pero nunca había estado cerca de una jauría. Se decía que vivían en los parqueos subterráneos de los edificios

abandonados, o abajo, en las alcantarillas, y que se alimentaban de ratas u otros animales, y que, incluso, habían atacado a muchos indigentes o viajeros que encontraran, tuvieran un fuego encendido o no.

Cuando Benjamín salió del departamento de Evelyn, una lluvia leve caía sobre las calles totalmente desiertas de esa hora. Promontorios de basura y ripio se amontonaban a la orilla de aceras asediadas por colonias de ratas. Benjamín caminaba en medio de la calle y distinguía con el rabillo del ojo las veloces sombras desplazarse a través de los escombros y escuchaba leves chillidos o el ruido insoportable de los dientes royendo la basura.

La imagen del centro de la ciudad era tétrica. La totalidad de los edificios habían sido abandonados hacía tiempo. El caos inicial hizo que se cerraran los almacenes, los restaurantes, y más tarde, los edificios de gobierno, los bufetes, las clínicas privadas, los bares. Muy pronto la vida cotidiana se volvió una carrera por sobrevivir. Muchos se unieron en alguna de las comunidades que surgieron, la mayoría de ellas religiosas, donde encontraban protección y donde era más fácil obtener comida. Muchos otros decidieron esperar la ayuda protegidos en sus casas. Estos no sobrevivieron mucho tiempo. Ya no era la enfermedad la que acechaba, el virus, los que acechaban eran hombres, la gente del cerro con sus garrotes o sus rifles o sus cuchillos, porque no se sabía dónde y cuándo iban a atacar otra vez o por qué razón. Ellos eran la bestialidad. A Benjamín le preocupaban estas extrañas personas antes que los perros. Muy pronto se empezaron a escuchar historias sobre canibalismo. Se dijo que cuando los del cerro atacaban se llevaban a las mujeres para abusar de ellas, a los niños para comerlos, y mataban al resto. Si lo de los niños era cierto o no, no había forma de comprobarlo, aunque era cierto que no se encontraban cadáveres de infantes por donde atacaban, lo que daba a suponer que se los llevaban con ellos. Lo de las mujeres era creíble y lo del resto era comprobable. De algún modo eran los dueños de la ciudad. Aunque no dejaban su fortaleza en el cerro, donde tenían agua y árboles frutales y animales, su sombra se extendía por todo el lugar y se temblaba de miedo de solo pensar en ellos. Por ello preocupaban más a Benjamín estas gentes

que los perros, a quienes ni siquiera consideraba reales. Sabía que había perros vagabundos en la ciudad, como siempre, peor no jaurías de perros salvajes que cazaban personas. Le parecía imposible que hubieran hecho sus guaridas en la oscuridad de los sótanos de los edificios abandonados del centro, y que salieran a cazar, iguales a animales salvajes, con la llegada de la oscuridad.

El aire era fétido, pesado. La oscuridad parecía más densa. En algún momento empezó a mortificarse por no haberle hecho caso a Evelyn. La casa de su madre había pasado sola mucho tiempo antes de que él llegara, una noche más no tenía importancia. De pronto, escuchó el primer chillido, lejano, distinto, lleno de dolor. Otro chillido un poco más distante. Se estremeció. Escuchó otro más, y otro, un poco más cercano. Quiso detenerse y mirar, pero no se atrevió. Era evidente lo que sucedía: algo estaba cazando a las ratas.

Llovía un poco más. Benjamín llevaba puesta una camisa de mangas cortas y unos jeans y unos zapatos de cuero que no eran lo mejor para caminar. Estaba empapado. Escuchó un chillido más y un ladrido. No quiso pensar que había sido un ladrido. Había visto antes algunos cuerpos mutilados, con los músculos descuajados completamente, hechos jirones, tirados a la orilla del río que atravesaba la ciudad. La gente acusaba a los perros. Él nunca estuvo seguro. Nadie podía estar seguro de nada en ese sitio. No quería pensar en los perros pero no podía evitarlo. Caminó a lo largo de una cuadra y de pronto percibió una figura. Una sombra. A su lado. Tras él. Unos pasos más adelante y a la izquierda, otra más a la derecha. Un chillido, lejano, casi íngrimo. Luego unos ladridos apenas unos metros atrás. Benjamín se detuvo. Esperó. Respiraba con enorme ansiedad. Entonces vino el primero de ellos. Lo atacó por detrás. Un perro se lanzó sobre él dándole de lleno en la espalda. Benjamín cayó al suelo sobre un promontorio de tierra, inmediatamente se dio la vuelta pero no pudo levantarse porque el animal lo tomó del brazo derecho. Era un perro grande, pesado, ágil, un pastor alemán, negro, con los ojos inyectados en sangre. Los afilados dientes se habían clavado en su antebrazo. Él intentó soltarse pero no lo consiguió. Oleadas de adrenalina lo abordaron vertiginosamente. Otro perro, de menor tamaño, un

pitbull, lo mordió con furia el muslo izquierdo. El dolor de la mordida del animal fue terrible. Los colmillos parecían hundirse hasta el hueso. Entonces se dio cuenta de que estaba a punto de encontrarse perdido. Le costó lo que pareció un largo tiempo concentrarse aunque apenas le supuso unos segundos. Se concentró en el perro del antebrazo. El dolor lo cegaba. Lo cegaba y lo aturdió, pero pudo hacerlo y no tuvo necesidad de tocarlo para apretar el cuello del animal con tal fuerza que lo quebró de inmediato. El perro cayó muerto junto a él. Ni siquiera chilló. Entonces observó al segundo animal e hizo lo mismo, pero el pitbull no despegó la mandíbula de su pierna y tuvo que inclinarse y despegarla con sus propias manos. Al hacerlo, dos hilos de sangre manaron profusamente empapándolo. Tenía dos heridas profundas en el muslo y otra más en el antebrazo. El dolor era intenso pero sabía que tenía que levantarse, sabía que vendrían más. Se había convertido en una presa.

Escuchó nuevos chillidos de rata. Casi en seguida oyó varios ladridos. Le parecieron muy cercanos. Demasiado cercanos. Tenía que actuar con rapidez. Se quitó la camisa y se la enrolló en el muslo, haciendo un torniquete. A medias logró estancar el flujo de sangre. Le preocupó el brazo. Aunque la mordedura del animal no había sido tan fuerte, le había desgarrado la piel y sangraba lo suficiente para preocuparse. Estaba empapado en su propia sangre. Sentía el olor metálico que emanaba de él y sabía que los perros iban a olerlo también. Se sacó un zapato y luego una media y trató de estancar la sangre del brazo mientras caminaba. El dolor del muslo era insostenible. Había caminado solo unos metros cuando fue atacado nuevamente. Esta vez pudo reaccionar. Escuchó las pisadas tras de sí y ya no tuvo valor de voltear. Todos sus sentidos estaban alertas. Cuando vio aparecer de entre las sombras la silueta del animal, su mano derecha se alzó hasta la altura de su pecho y el animal no pudo llegar hasta él, en el acto voló por los aires en dirección contraria hasta estrellarse en el muro derruido de un edificio a varios metros de distancia. Luego fue atacado una y otra vez más y otra más. Esa noche asesinó a más de una docena de perros. Nunca había agradecido su talento, esa capacidad suya que para su madre había sido una especie de magia maligna y que

para él mismo era una especie de maldición que había recibido sin merecerlo, pero sí lo hizo esa noche, porque esa noche necesitaba vivir pues no podía darse el lujo de morir con tanto por hacer, con la casa de su madre en el estado que estaba y sin haber visto a Teresa una vez más, y lo había logrado gracias a ese talento suyo.

Casi a rastras, tardó mucho tiempo en llegar a la puerta de la iglesia, donde se desmayó y estuvo en ese estado de sueño profundo durante todo un día. Hasta entonces, jamás se había quedado en la iglesia ni hubiese querido hacerlo pero no tenía opción, en la soledad de la casa de su madre hubiese muerto desangrado y le pareció terriblemente estúpido haberse salvado primero para dejarse morir más tarde.

Temor en la madrugada

Volvió a la habitación que ocupaba y se echó encima una sábana y luego el edredón. Pensó que ya no tendría manera de librarse de los habitantes del cerro y se preguntó si tendría que volver a matar y se preguntó, también, si lo mejor era aceptar la invitación para vivir en la iglesia. Cuando tomó la decisión de regresar, solo sabía una cosa: volvía para buscar a su madre. Si su madre, la señora Sonia, continuaba con vida, solo una cosa era segura: volverá a su antigua casa. Así que marcharse nunca había sido una opción, pero, según entendía, se había quedado sin opciones.

José Luis le había dicho muchas veces que quedarse en esa casa obedecía más a una obsesión absurda que a un acto de piedad o de amor. Y, aquella noche, bajo las sábanas, no sabía qué pensar. Se daba cuenta de que estaba lleno de miedo. Quizá nada valía la pena. Ni esperar a su madre ni soñar con volver a encontrarse con Teresa. Aunque había tratado de evitarlo, se había convertido en un asesino. Alguien maligno, como había creído su madre que era.

Para la señora Sonia, su hijo estaba habitado por un espíritu maligno y esa era la causa de esa fuerza incomprensible que lo hacía mover las cosas con su solo pensamiento. Para ella, lo de su

hijo no era un talento si no una maldición. Había llegado a temer de su propio hijo, y ese temor la llevó a separarse de él. Benjamín sabia que escribió numerosos correos a entidades gubernamentales de Estados Unidos, en las cuales contaba sobre la extraña capacidad psíquica de su hijo, la habilidad de mover objetos con la mente, y les pedía que lo llevaran para estudiarlo. Nadie tuvo el más mínimo interés, pues no recibió respuesta alguna. Cuando tuvo la oportunidad de mostrar una muestra de lo que su chico era capaz al gerente de un circo que se encontraba de gira por la ciudad, lo hizo sin dudarlo. Y fue así como el chico, que entonces tenía nueve años, acabó yendo por el mundo.

Antes de dormir, Benjamín recordó la única ocasión que su madre había celebrado su cumpleaños. Era su cumpleaños seis, recordaba perfectamente ese número en un pastel blanco, que partieron durante la cena. Ella estaba muy feliz aquel día. Había recibido una noticia, una buena noticia, eso decía, algo que iba a cambiar sus vidas de manera definitiva. Ese cambio no sucedió jamás, así que Benjamín podía estar seguro que, cualquiera que haya sido la buena nueva de aquel día, para lo único que había servida era para hacerla comprar un pastel y celebrar su cumpleaños.

Era su cumpleaños otra vez. Habían pasado dos décadas desde entonces. la luz se había extinguido hacía mucho. Afuera ya dentro, la oscuridad era total.

Parte 2. El espectáculo.

Niños

La mañana era clara y había niños jugando en el patio detrás del edificio de dormitorios de la iglesia. Eran una patrulla de unos doce, vestidos con camisas blancas, sin abrigos, la mayoría de ellos descalzos, corriendo tras una pelota de fútbol. Muchas veces, a media tarde, José Luis llamaba a los niños de la iglesia, los reunía en cualquier sitio apartado y les contaba

viejas historias. Les gustaban los cuentos de fantasmas, pero José Luis prefería narrarles historias sacadas del cine, argumentos de películas que vio alguna vez. En diciembre les enseñaba a cantar villancicos y a montar nacimientos en el patio que estaba a lado del edificio que ocupaban como dormitorio. Por esos días, sacaban de la bodega algunos presentes para ellos: muñecas, automóviles de plástico, pelotas de fútbol; cualquier cosa que hubieran encontrado en las casas abandonadas. Cuando les daba clases de historia, les hablaba siempre de un mundo donde las guerras habían sucedido en la época del imperio Griego, milenios atrás. Si les hablaba del pasado inmediato, siempre describía una forma de vida donde la comida era abundante y las mañanas soleadas se sucedían casi todo el año. José Luis pensaba que, si alguna vez todo se restituía, debía ser de la forma que él mostraba a sus alumnos y no como había sucedido en verdad.

Benjamín jamás hablaba con los niños. De hecho, no hablaba casi con nadie en la iglesia, salvo con José Luis y Monseñor. Pasaba frente a los chicos como un fantasma. Alguna vez, sin embargo, había jugado con ellos sin que se dieran cuenta, a través de un inolvidable acto de magia. Una noche de navidad, unos meses antes, José Luis los hizo pasar a un salón del tercer piso del edificio de la iglesia. Los niños se sentaron en el piso y él se quedó junto a una mesa donde estaban unas manzanas de plástico, un conejo de peluche y tres bolas de billar. Benjamín se encontraba en un armario, junto a la puerta del salón. Antes de iniciar el acto les hizo prometer que no dirían nada de lo que vieran ahí, era su secreto, y si alguien osaba romper el secreto sería visitado por su fantasma el día que muriera. Luego de las advertencias, el monje mago Proust, que fue como José Luis se hizo llamar, hizo levitar sobre su mano una de las bolas de billar, luego la manzana de plástico, y más tarde hizo volar de un lado a otro de la habitación el conejo de peluche, todo ante la mirada asombrada de los pequeños. Cuando acabó el acto, les hizo la promesa que esperaran algo más extraordinario aún el próximo día de navidad.

Aunque José Luis había pedido a Benjamín que se acercara

más a los chicos, no insistía demasiado. No pretendía cambiar nada. Benjamín era como era, un extraño en un mundo extraño, alejado de las personas por voluntad propia, silencioso, oscuro, siempre almorzando más tarde que los demás, en la última mesa del salón, yéndose antes de la noche a una casa vacía situada en una colonia vacía sin que nadie, jamás, ni siquiera monseñor, hubiese podido convencerlo de que no era sano estar tan alejado de todos y de todo, que él necesitaba a la comunidad tanto como la comunidad lo necesitaba a él, porque todos se habían vuelto valiosos, porque, para entonces, eran tan pocos que cada uno en realidad contaba.

Café fresco

Cada mañana, las mujeres preparaban una mezcla de café y canela que bebían sin endulzar. Había bodegas repletas de sacos de café en la iglesia, restos de lo que vendían en los supermercados. También poseían azúcar y un pequeño camión lleno de botes con canela. El café era algo que Benjamín agradecía. Cada mañana, al amanecer, caminaba hasta la iglesia y entraba a la cocina para beber una buena taza. No comía nada más, era solo el café., como había hecho desde niño.

Aquel día, José Luis había saludado a Benjamín en el comedor. Le había dado un abrazo por su cumpleaños, y luego habían salido al patio para mirar a los niños. Siempre había algún adulto observando a los niños de cerca, no podía ser de otra forma. Se sentaron sobre una banca de cemento a un extremo y bebieron mientras José Luis contaba sobre los drones que habían observado la noche pasada. Benjamín tenía la mirada perdida en los niños, que corrían a un lado y otro, y no parecía escuchar.

—Nunca vi una grama tan verde —dijo Benjamín.

—Esos drones eran diferentes a cualquier cosa que viéramos antes —dijo José Luis.

—Tal vez en Inglaterra. Aquello era distinto a todo, más verde que todo.

José Luis bebió otro sorbo de café, luego dejó la taza en el piso.

—Me hubiera gustado conocer Londres —dijo José Luis, con aire resignado.

—No sé cómo decirte esto.

— ¿Cómo decirme qué? —preguntó José Luis—. Estás como un zombie. Te hablo de drones y no me haces ni caso, ahora te digo de Londres, y nada. ¿Te ha afectado el cumpleaños? ¿Qué sucede?

— He pecado – dijo Benjamín —. He pecado contra Dios.

— ¿Has pecado contra Dios? ¿Qué clase de tontería es esa? —dijo José Luis, de pronto exaltado.

— No es una tontería, es algo serio en verdad. Unos que viven en el cerro me atacaron ayer, cuando volvía. Y me defendí. ¿Comprendes?

—¿Estás bien? ¿Te han herido?

— No dejé que se me acercaran – dijo Benjamín—. Eran cuatro.

— ¿Estás seguro de que eran gente del cerro?

— ¿De dónde más podían ser?

— ¿Sé que hace dos días atacaron la villa de San Marcos. Algo sucede, no es normal que merodeen de esa manera.

— Nadie me dijo nada.

— ¿Quién te va a decir algo si no hablás con nadie?

— Hablo con vos y vos no me dijiste nada.

— No me enteré hasta ayer tarde. Hubo hombres extras por la noche debido a eso. En fin, fue una cosa muy seria. Dicen que habían rencillas, pero eso no lo sé. Lo único que sé es que no dejaron a nadie con vida. Los malditos borraron la vila, así que estamos solos en esta puta ciudad, somos nosotros y ellos.

— ¿Qué dice monseñor?

— Lo de siempre, que esa gente con nosotros no tienen problemas, que nos quedemos tranquilos, que por algo

atacaron a todos los demás menos a nosotros, que son nuestros aliados por lo de los granos que les damos, eso dice, pero yo ya no sé nada, no estoy seguro de nada, y menos ahora que me decís eso, que te atacaron. Por cierto, ¿ese es tu pecado?

— Sí

—¿Dónde están los cuerpos? —preguntó José Luis, sin querer escuchar la respuesta realmente.

—Por la noche vinieron los perros —dijo Benjamín.

—Entiendo...Entiendo... Creo que lo mejor es que esta tarde no volvás por la casa de tu madre. Van a ir por vos. Supongo que lo sabés.

—Sí, lo sé. Lo sé...

Ambos se habían olvidado de los niños, que ahora corrían a través de los arrozales, escondiéndose, escabulléndose unos de otros, ajenos a todo lo que les rodeaba, como si, por un instante, el mundo volviera a ser el mismo de antes solo para ellos.

Un mensaje inesperado

— ¡Padre José Luis! – gritó uno de los niños, que había corrido hasta ellos.

— ¿Qué pasó, Mario?

— Encontramos algo —dijo el niño.

— ¿Encontraron qué cosa?

— Está en el borde, mejor venga.

Ambos hombres bajaron y siguieron al niño. Caminaron a través de la grama todavía húmeda por el rocío de la noche. A esa hora de la mañana, se veían lejanas nubes grises. No tardaría en llover. Atravesaron un pequeño riachuelo que partía en dos la propiedad y llegaron hasta un muro de piedra revestido por una capa de hiedra verde y espesa. Sobre el muro, como si se tratara de una escultura macabra, estaban cuatro cabezas humanas.

— ¡Quítense de ahí! – gritó el padre José Luis a los niños —. ¡Vayan a la casa!

Los niños, asombrados y temerosos, le obedecieron sin mediar palabra.

— ¿Son ellos? — preguntó José Luis.

— Creo que sí — dijo Benjamín, en susurros —. Creo que son ellos.

— ¿Viste los cuerpos en la mañana?

— No quise. Por la noche oí a los perros y no quise mirar qué habían hecho. Pasé de largo. Pero son ellos, son tres hombres y una mujer.

— Tenemos problemas —anunció José Luis—. Es obvio que es una amenaza.

— El problema es conmigo, ustedes no tienen nada que ver.

— Supongo que ellos no piensan eso. Tenemos que hablar con los demás.

— ¿Vas a decirles?

— No voy a decirles nada de lo tuyo. Voy a decirles que las cabezas están donde están, que a lo mejor ha habido una confusión y que tenemos que arreglar este asunto antes de que sea tarde. Le voy a pedir al señor Fermín que vaya a hablar con ellos. Él los conoce bien. Supongo que sabrá qué hacer. A lo mejor les lleva una muestra de buena voluntad, unos sacos de arroz extra o algo de miel de abeja.

— No creo que sea tan simple.

— Algo tenemos que hacer, supongo —dijo José Luis—. Lo que sea para intentar acabar como el resto.

Ambos hombres caminaron de regreso a los edificios. A medio camino se encontraron a otros hombres que habían sido avisados por los niños. José Luis les explicó lo del hallazgo y todos comprendieron lo que ocurría. Había que actuar con rapidez, si la gente del cerro atacaba, no tendrían oportunidad. No eran demasiados en la iglesia. Tampoco estaban bien armados. La mayoría eran mujeres y niños pequeños, la mayoría de ellos nacidos en el año del caos, así que rondaban los seis o los siete. Cuando la gente del cerro empezó sus ataques en contra de otras comunidades, intentaron formar un pequeño ejército, pero monseñor les convenció de que lo mejor era

mantener los buenos tratos antes que pelear, pues no era conveniente para nadie enfrascarse en una pequeña guerra. Y así lo habían hecho hasta entonces.

Cuando los hombres se alejaron, Benjamín volvió a hablar.

— Después de cenar deberían bajar a los niños al refugio.

— Sería lo más sensato – dijo José Luis —. Esperemos que nada ocurra.

— Lo siento – dijo de pronto Benjamín, como si se diera cuenta de que todo lo que sucedía era su culpa.

— No es tu culpa, y espero que lo sepas. Te defendiste, eso fue todo. Y ya, veremos qué hacer. ¿vas a ir a ver a Monseñor?

— El dichoso secreto – musitó Benjamín.

— Y no le digás nada de lo que ocurre, no sirve nada más que para preocuparlo. Es un anciano.

— Yo lo sé, lo sé. Y no diré nada.

Todavía no llegaban a los edificios cuando empezó a llover. Una lluvia rala, fría. A lo lejos, se vieron las luces de los relámpagos entre las nubes, como peces maravillosos en medio de un océano inusitado. Ni Benjamín ni José Luis se percataron de ello.

Parte 3. La madre.

Sonia

Sonia daba pequeños sorbos a una enorme taza de café mientras miraba un viejo archivo de fotografías. Se detuvo en una foto digitalizada de su abuelo cuando joven: un hombre

delgado, piernas largas, cabello negro, corto, parado sobre una roca y vistiendo un bañador oscuro. Era una foto en blanco y negro y pensó que en algún momento le pasaría uno de esos programas que proveen color a esa clase de fotografías. Avanzó con el archivo y encontró un poco de todo: su bisabuela sentada en una mecedora desvencijada, luciendo unas trenzas larguísimas sobre el pecho; el abuelo otra vez, vestido de blanco, con sombrero, rodeado de un grupo de hombres que vestían igual que él; una de su abuela, su madre y unas tías en un corredor, la antigua casa de familia. Avanzó hasta llegar a la última, que era una foto de sí misma sosteniendo a su bebé. La había tomado su hermana en el funeral de su padre. El niño había nacido apenas una semana antes. Cerró el archivo y dio un último sorbo a la taza de café. De todos los que aparecían en el álbum, salvo ella, su hermana y su hijo, el resto estaban muertos. Pero podía soportarlo, o eso creía. Sin embargo, no había podido nunca borrar esa que era la única fotografía donde aparecía con su Benjamín. Antaño, había tenido algunas pocas, pero las había guardado en un archivo y enviado a la papelera de la computadora para deshacerse de ellas. Se levantó y miró a través de la ventana a la calle donde observó un grupo de chicos de veinte años o un poco más, sentados en la acera, hablando afanadamente sobre algo que no alcanzó a escuchar. Había sido una mañana demasiado larga. Detestaba los domingos. Desde que había dejado de ir a la iglesia, un par de años atrás, los le parecían el peor día de la semana: tediosos e inertes como el cuerpo de un muerto en una morgue. De pronto, se sorprendió pensando en su hijo. Se estremeció cuando se le vinieron a la mente algunas imágenes que hubiera preferido olvidar. Como su corazón, la habitación del muchacho había permanecido cerrada con llave desde el día de su partida. Lo único que permanecía vigente de él para ella era el miedo que algún día había sentido.

Caminó hasta su propia habitación, tomó un bote de píldoras para dormir, y tomó dos de ellas, que acompañó de un sorbo de cerveza tibia, entonces se echó a dormir. Solía hacer eso casi cada domingo. Cuando despertó ya era la madrugada del lunes. El frío era insoportable.

Miércoles y noticias terribles

La temperatura había vuelto a bajar. Se levantó y comprobó si el internet había vuelto, pero el router seguía sin dar una señal. Fue hasta la cocina y preparó algo de café, luego se vistió sin ducharse, pero se lavó la cara y los dientes. Salió de casa para tomar el autobús protegida por un abrigo y una bufanda. Bajó hasta la calle principal y se encontró con una vecina que cargaba dos enormes bolsas con víveres. La mujer la observó, pero pasó sin saludar.

El autobús tardó mucho rato en pasar y, cuando lo hizo, iba vacío, salvo por dos mujeres que iban en medio del mismo. Se sentó justo delante de ella. Las mujeres hablaban sobre el clima. Estaban alarmadas. Decían que en la televisión anunciaron que en el occidente del país había bajado a 9° centígrados.

—Algo sucede —dijo una mujer a la otra—. El pastor dijo que hemos sido maldecidos. Primero, las lluvias. Luego, el frío. Ahora, la viruela.

—Dijeron que va a perderse toda la cosecha de café —dijo la otra.

—En el noticiero dijeron que en la noche puede bajar otra vez a los cero grados aquí en la ciudad. Si eso pasa, van a haber muchos muertos otra vez.

Cuando era niña, su padre le había dicho que, una ocasión, en las montañas del occidente del país, había nevado. Su padre contaba aquel hecho como algo extraordinario, dado que en toda la región las temperaturas jamás bajaban tanto. Los 32° eran algo habitual, salvo en los meses de finales e inicios del año, cuando los vientos que llegaban del norte traían algún frente frío. Más allá de eso, jamás habían sufrido de temperaturas semejantes, hasta hacía unas semanas, cuando un frío inusitado lleno de escarcha y de indigentes muertos toda la región. Durante una semana, se registraron temperaturas tan bajas como —5° centígrados.

—Disculpen —dijo Sonia a las mujeres—, pero ¿se sabe algo de por qué no hay internet?

—¿Internet? —dijo una de ellas—. Dijeron en el noticiero que tenía que ver con cosas de los satélites.

—Sí, eso escuché —dijo la otra.

—Bueno, no lo sé —dijo Sonia—. Es que, si así fuera, no habría servicio para nadie, y hay ciertas zonas que sí lo tienen.

—Pues no sabemos nada —dijo una de las mujeres.

—No, no sabemos —dijo la otra.

La casa de las computadoras

—Buenos días, Antonio —dijo Sonia al entrar a la casa donde alquilaba por horas una computadora para navegar.

—Nadia te trajo unos libros el sábado —dijo Antonio.

—¿Sí?

—Ahora te los doy —dijo Antonio y entró a un baño al cual se accedía bajando unas pocas gradas.

Desde la caída de la red, un mes y medio antes, se habían improvisado algunos Café internet, semejantes a los que eran habituales a inicios del milenio. Sonia conocía a Antonio de años atrás, porque ambos habían pertenecido a un grupo que se hacían llamar Los naturalistas, cuyo afán era volver a tener un contacto más íntimo con la tierra y con todos los seres que habitaban en ella, incluidas las hadas, los duendes, y los animales en general. No consumían carne y, mes a mes, cada tercer fin de semana, efectuaban una ceremonia ritual en un bosque cercano. Y aunque ambos habían dejado el grupo de Naturalistas, no habían perdido contacto, menos el último mes, pues Sonia había visitado la casa de computadoras de Antonio seis días por semana.

Antonio entregó a Sonia los libros y ella los tomó y luego fue a sentarse a una de las máquinas.

— Voy a revisar el correo —dijo Sonia.

— ¿Viste el noticiero? – preguntó Antonio.

— No he visto nada, pero sé que van a bajar las temperaturas.

—No están diciendo las cosas como son —le aseguró Antonio, a la vez que acercaba una silla al escritorio de Sonia. Todo está peor de lo que dicen, y creo que eso tiene que ver con la falta de internet. No hay red en casi todo el país, y más aún, no hay en muchas zonas desde el sur de México hasta Nicaragua. ¿Y sabes qué encontré?

—¿Qué?

—Un foro donde advierten de una epidemia de Viruela. Que ya hay casos en Cuba, que ha salido de esta zona. Incluso aseguran que una de las islas del golfo de Fonseca fue arrasada. ¿Qué te parece?

—Lo que me parece es que ya no sé nada.

—¿No te das cuenta de que nada es normal? Mucha gente afuera está diciendo que somos un experimento de exterminio, y que solo comienza. Que alguien, los gringos, los coreanos, los japoneses, los que sean, han jugado aquí con el clima, las comunicaciones y con las armas biológicas. Una guerra donde somos el conejillo de indias.

Sonia entró a su correo y no había nada de lo esperado. Ni un correo de Rosaura, su hermana, ni de nadie.

Rosaura vivía en los Estados Unidos y la única comunicación entre ella y su hermana consistía en esporádicos correos electrónicos. Desde la partida de su hijo, Sonia había vivido sola, salvo algún amante ocasional que se hubiera instalado en su casa por unas semanas. Además de su hermana, tenía unas tías a quienes había olvidado por completo y unos primos que vivían en Canadá. Salvo con Rosaura, no le interesaba hablar con nadie más de su familia. Hacía mucho que no se visitaba con ningún amigo ni salía a tomar un café con los compañeros de la oficina ni aceptaba invitaciones para pasar la víspera de navidad. La mayoría del tiempo la pasaba en casa, aunque, en ocasiones, más esporádicas cada vez, visitaba algunos bares por la noche, cuando quería tener algo de sexo, o, si tenía algo de dinero extra, visitaba un lugar llamado Dreams, uno de esos sitios donde te inducían a soñar una historia. No era

barato, así que no podía permitirse visitarlo más de una vez al mes. Era algo muy simple: en base a un archivo de fotografías y tus propios recuerdos, un programa podría reproducir secuencias del pasado, y estas historias podían soñarse por una hora o dos. Era como estar dentro de tu propia película y reencontrarte con tu madre o tu antiguo novio. Además, había un servicio que era conocido solo por clientes preferenciales, donde, por una buena cantidad, uno podía soñar con ciertos actos totalmente ilícitos que podían ir desde tener relaciones pedófilas hasta matar a alguien con sus propias manos. A Sonia le había dado mucha curiosidad eso de poder matar a alguien, pero la tarifa era excesiva y no podía pagarla. Por lo demás, aunque todos esos programas estaban apenas en desarrollo, la sensación que producían era absolutamente satisfactoria, tanto que había que pedir cita con al menos una semana de anticipación para las sesiones, pues la demanda era cada vez mayor.

— Por cierto – dijo Antonio—, la maldita de la Nadia lo hizo.

— ¿Fue a dreams? – exclamó Sonia, levantando la vista del computador.

— Estaba muy emocionada ayer. Ha matado a un hombre.

—¿Cómo ha sido?

—Un garrote de metal. Dice que la adrenalina sube tanto que después que se despertó le temblaban las manos todavía.

Algo de café frío

—¿Vamos por algo de café? —preguntó Antonio.

Sonia asintió y se levantó de su escritorio.

—El frío me ha arruinado las manos —dijo Sonia y mostró las palmas.

El día era gris, gélido. Al fondo de la calle había un grupo de hombres rodeando un barril donde habían hecho fuego. Sonia

y Antonio se detuvieron en un local desvencijado donde vendían café y bollos. Pidieron café con leche para ambos. La calle era poco transitada, pero, de vez en cuando, se escuchaban las sirenas de las ambulancias que transitaban por una avenida cercana.

Les entregaron el café y bebieron sin moverse. Por un rato, ninguno de los dos habló, pero entonces escucharon aquel ruido, que, primero, parecía una especie de murmullo que salía de una multitud reunida en la lejanía.

—¿Qué será eso? —preguntó Antonio.

Sonia no dijo nada. Una mujer, que antes les había servido el café, salió a la calle, y Antonio y Sonia la siguieron. Entonces observaron aquella nube sombría en el cielo.

—¿Es un desfile o qué?—dijo Sonia.

—Serán un centenar, quizá— respondió Antonio.

— O más —dijo Sonia.

Pronto, el bullicio de docenas de helicópteros se volvió insoportable. Eran máquinas militares y volcaban tan bajo y eran tantos que pudo sentirse la fuerza del viento provocado por sus aspas, así que los tres entraron al local.

Cuando hubo pasado el último, la mujer dijo que tenían que cerrar el café.

—¿Crees que algo suceda? —dijo Antonio a la mujer.

—Es real, sucede ya. ¿No te das cuenta?

—No es fácil aceptar ciertas cosas —dijo Sonia—.

—Voy a cerrar —insistió la mujer—, y no es que quiera echarlos, pero no quiero a nadie aquí.

Cuando se despidió, les deseó suerte, y ellos se la desearon a ella.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo un mal palpito —le confesó Antonio—. Pero no sé de qué sirve cerrar el negocio ahora. Estaremos alertas, es todo.

Durante todo el día los helicópteros llegaron y se fueron. Enjambres de ellos descendían al otro lado del volcán que dominaba la ciudad y pronto se enteraron que estaban siendo utilizados como transporte, pero nadie sabía con exactitud a

quiénes transportaban o hacia dónde. En los noticieros del mediodía no se dijo nada. En la radio comentaron que era parte de un futuro espectáculo aéreo, pero nadie lo creyó. Para la noche seguían sin tener una certeza de lo que sucedía, pero la temperatura había caído, otra vez, a cero grados, el cielo seguía gris, y una sensación de insoportable desolación los embargaba a casi todos. La única noticia certera de ese día era que la viruela había avanzado de manera descomunal y que los hospitales estaban desbordados. Y nada era peor que esa noticia. Luego de aquel día, todo se volvió vértigo.

Viernes

— Tenemos que irnos ya —dijo Sonia. Eran menos de las siete de la mañana cuando llegó a casa de Antonio. La temperatura había bajado a menos cinco en la madrugada y era insoportable para ella, que tenía el rostro lastimado por el viento.

— ¿Adónde? — preguntó Antonio, que se encontraba aún atontado por el sueño.

— Van a cerrar la frontera, tenemos que irnos y llegar hasta Costa Rica.

— Pero ¿cómo? ¿En automóvil? Estás loca, Sonia. No voy a hacer eso.

— No hay pájaros — dijo Sonia en un hilo de voz—. No hay pájaros. No sé desde cuándo, pero esta mañana no había ni uno solo. Nada. ¿Has visto el humo? están quemando a los muertos. Son tantos, que no pueden enterrarlos a todos. Y estamos aislados. No hay internet. Ya ni siquiera en esta zona hay. Tenemos que irnos en este instante.

Lo vio en sus ojos. No solo había miedo en ellos, también había algo más, una certeza, una seguridad que no le conocía. También supo que Sonia no estaba dispuesta a quedarse y que él no quería dejarla ir sola. La ciudad, el mundo que conocían, se derrumbaba a su alrededor y él no quería quedarse solo.

Salieron poco después de las ocho. Antonio cerró con doble

llave la puerta de su casa y se marchó de ahí pensando que la huida sería temporal, porque siempre es así. Nadie piensa que se marcha para siempre. Antes de salir revisó cada una de las habitaciones, que también cerró con llave. A la puerta de la cocina, que daba al patio, le puso una cadena con un candado y lo mismo hizo con la de la cochera.

Se dirigieron al oriente, por la carretera Panamericana. No quisieron avisar a nadie más para que fuera con ellos. Supusieron que no era necesario.

— ¿Cómo te sentís? — preguntó Sonia, al salir.

— No tengo ningún síntoma.

— Entonces estamos bien, yo tampoco tengo ninguno —le aseguró.

No se esperaban una carretera tan llena de automóviles, pero no les desilusionó, al contrario, creyeron que así sería menos probable que la frontera estuviera cerrada, como decían las noticias. Si eran tantos tendrían que dejarlos pasar.

No fue así.

Horas después, cuando llegaron a la frontera entre Honduras y Nicaragua, se encontraron una fila interminable de autos estacionados.

Antonio y Sonia bajaron del auto, tomaron sus cosas y caminaron lentamente bajo una llovizna tan leve como fría. Al llegar a la frontera, se hicieron parte de la multitud. Unos hombres dijeron que habían hundido un barco repleto de gente en el Golfo de Fonseca, y que se sabía que los puertos en el Atlántico estaban cerrados.

—Estamos sanos —dijo Sonia a Antonio—. Si ven que estamos sanos quizá nos dejen pasar. No tendrían por qué no dejarnos.

—No creo que nadie esté haciendo exámenes en la oficina de migración.

—Eso lo entiendo, pero no pueden dejarnos aquí. No lo creo.

—No lo sé —dijo Antonio, sin ilusión—. Ya no lo sé.

Se separaron de la multitud al cabo de un rato y comieron un poco. Hablaron qué sería lo mejor si los dejaban pasar. No era

buena idea llegar a Costa Rica, muchos llegarían hasta allí, así que acordaron ir más allá, no a Panamá ni a Colombia, si no bajar, a través del pacífico, hasta la Patagonia chilena.

—Eso haremos —dijo Antonio. Se encontraba sentado sobre el capó del automóvil, y bebía una cerveza. De pronto, se había llenado de confianza—. Si bajamos de playa en playa, podemos trabajar de los que sea. En tres meses, seguro hemos llegado a la Patagonia chilena. O argentina. Da igual.

—Si podemos hacerlo, da igual —dijo Sonia, animada. Quizá animada por última vez.

Poco después, Antonio dijo:

— ¿Crees que te llegue a buscar?

No mencionó su nombre, pero Sonia sabía que se refería a Benjamín.

— No sé – respondió por fin —. No lo creo.

— Ya no es un niño y se sabe que mucha gente está viniendo. Quizá venga.

— No lo creo. Y ya no hablemos de eso. Él tendrá su vida y ya está. No hay nada que hacer, Antonio.

— Bueno, lo siento. No quería joderte.

— No importa. Además, ¿de qué me sirve?

— Podría ayudarnos afuera.

— Yo siempre he podido vivir sin mi hijo —dijo Sonia y giró el cuello y miró a la multitud que se movía.

— ¿Qué sucede? —dijo Antonio y se puso de pie.

Nadie entendió de qué se trataba con el primer disparo. Todos voltearon a ver hacia el puente: los que estaban sentados se pararon y los que estaban parados estiraron el cuello. Entonces sonó una ráfaga y unas mujeres que estaban apiladas sobre un muro cayeron súbitamente. Algunas personas corrieron para alejarse del lugar y otras gritaron ingenuamente a los soldados para que dejaran de disparar. No lo hicieron. Tenían órdenes precisas: nadie podía acercarse a la frontera, nadie debía tener esperanzas de pasar al otro lado; además, se desconocía si el virus detectado podía transmitirse por el aire, así que lo mejor era implantar el miedo. La frontera era zona de

guerra: la vida y la muerte peleaban ahí una batalla definitiva. Eso les dijeron a los soldados. No les dejaron más remedio que actuar. No hubo uno que no disparara. Sonia no podía creer lo que sucedía porque nadie hubiera podido creerlo. Él tomó la mano de ella y la obligó a correr en dirección a una pequeña colina que se asomaba río abajo. Entonces sintió el peso de su mujer que caía, todavía tomándole de la mano. No tardó en descubrir que tenía la cabeza llena de sangre. Le gritó. La llamó por su nombre, pero Sonia ya no podía contestar. Le soltó la mano y luego la vio tendida, a sus pies, con los ojos abiertos y el cabello manchado de sangre. Entonces sintió algo caliente en el pecho, a la altura del corazón. Quiso hablar pero no pudo. Quiso moverse pero tampoco pudo. Cayó. Primero dobló las rodillas y luego se fue de espaldas. Escuchaba los gritos de la gente a lo lejos y las veía caer. De pronto todo se detuvo. Le pareció que Sonia le miraba. Estaba tendida a un metro de él. Aún tenía los ojos abiertos. No comprendía nada. No sabía qué estaba sucediendo. Pero entonces nadie sabía con certeza qué era lo que en realidad sucedía.

Parte 4. El secreto

El abrazo de Monseñor

—¿Cuántos días han pasado? —preguntó Monseñor—. No lo sé y no lo sabes, pero todavía seguimos aquí.

El anciano se acercó a Benjamín y lo abrazó con fuerza.

—Eres un buen muchacho —dijo Monseñor—. Bueno, prodigioso, algo nunca visto, pero ingenuo. Lo cual no importa. No un día como hoy. Un cumpleaños siempre es un inicio, incluso en medio de esta sombra llena de desperdicios. ¿Estás bien?

—Lo estoy —dijo Benjamín—. Lo estoy.

—Eso está bien —dijo Monseñor.

Se encontraban en una habitación situada en el segundo nivel del edificio de la iglesia. Era un sitio oscuro, cuya única

ventana permanecía cerrada durante el día para no molestar las meditaciones de su ocupante, Monseñor Ascúnaga, que sufría una artritis que le había deformado los huesos de la cadera hasta dejarlo casi inválido. Sus únicas ocupaciones consistían en confesar y dar consejos, no siempre coherentes, a los escuálidos y poco abundantes feligreses que llegaban a verlo. Rezaba buena parte del día o meditaba o trabajaba un poco la madera o leía. Monseñor Ascúnaga era un sacerdote paulino y jamás había sido nombrado monseñor por nadie, pero era llamado con ese sobrenombre por todos en la iglesia.

— ¿Viste a José Luis antes de venir?

— Sí, bebimos café.

— Es un buen muchacho. Buen muchacho, como vos. Pero se distrae, sé que anda por las casas abandonadas recolectando tonterías.

— A veces recoge libros.

— A veces, pero ni siquiera los lee, si los leyera sería otra cosa.

Afuera el día amenazaba lluvia y la temperatura había descendido hasta los diez grados.

— Ahora que es tu cumpleaños, tengo que decirte algo solo a vos. Solo a vos. ¿De acuerdo?

— Lo escucho —dijo Benjamín.

— ¿Has oído hablar de ella, de la santa?

— Sé de ella – respondió Benjamín.

— Sabés de ella, sí, pero ahora te voy a hablar de muchas cosas que seguro no sabés. Yo a la santa la conocí hace años, cuando ella era una muchachita. Yo era amigo de su papá, el señor Santiago, el pastor de una iglesia que a principios de siglo se llamaba de la Buenaventura. Un hombre erudito, sabía varios idiomas y daba unos discursos espléndidos. Fue el primero que dijo que la catástrofe era inminente.

— Todos decía un poco lo mismo, hasta donde sé.

— Todos decían que la segunda venida estaba cerca, pero ellos no se referían a eso sino a otra cosa, a algo más real, que fue lo que pasó. También ellos fueron los primeros que hicieron una comunidad dónde vivir. Cuando llegó el caos, ya estaban

organizados. Vivían en una zona donde habían construido unos edificios. Tenían una iglesia, comedores públicos y salones de actos y apartamentos para las familias. Vivían así antes de que todo ocurriera. A mí y a otros sacerdotes nos invitaron a un almuerzo, eso fue un poco antes del caos. AL señor Santiago le gustaba tener vínculos con todas las iglesias. Era un hombre muy bueno y un gran conversador y de buen comer. Ambos lo éramos, así que nos hicimos amigos; sí, creo que fue así reveló que se marcharían al norte. Hacia al norte, alejado de todo. Según ellos, establecerán allí su nueva iglesia. Y se hubieran podido ir antes, pero la estaban esperando a ella, a la Santa, y ella regresó una semana antes de que se fueran en su éxodo, y cuando volvió ocurrió el milagro.

Monseñor hizo un esfuerzo por levantarse de la cama. No pudo, pero consiguió, al menos, sentarse a la orilla, dejando las piernas en vilo, casi tocando el suelo. Benjamín estaba junto a él y se acercó haciendo caso a un ademán que le hizo el anciano.

— Vos y la santa son la esperanza de este pueblo, y por eso voy a decirte dónde están, porque debes ir a buscarla. Te voy a decir cómo llegar hasta allí. Porque vos sos uno como los profetas antiguos. En este valle de nieblas, alguien tiene que hacer lo que hizo Moisés con el mar muerto, separarlo en dos para que el resto podamos pasar. Por eso vos tenés que aprender a ver y creer. Vos tenés que reunirte con la santa.

La visión

— Yo la vi caminar sobre las aguas – dijo Monseñor.

Benjamín sufrió un escalofrío. Aunque Monseñor no lo sabía, ni siquiera lo sospechaba, benjamín había estado allí. Recordaba la escena: la mujer con su vestido blanco atravesando las aguas sucias de un río al sur de la ciudad, ante el asombro de los asistentes. Luego se oyeron los vítores, las alabanzas, las proclamaciones de que era una Santa, que los días sombríos habían pasado.

Un viento frío vino de alguna parte y Monseñor retrocedió en su cama, buscó una sábana y se cubrió.

—Hace frío —dijo Benjamín.

—Yo estaba enfermo — dijo Monseñor — pero salí a verla. No sé exactamente por qué fui, pero sí sé que mi destino era ir porque entonces me di cuenta de que ella era la esperanza. No la mía, porque ya entonces no tenía salvación, pero justo como le pasó a Simeon, ya podía morir habiendo visto la salvación de mi pueblo. Eso pensé, y después, cuando viniste ese día a confesarte y me revelaste tu talento, pensé que debía reunirlos. Decidí esperar el momento propicio, y el momento propicio es este: tenés que ir a buscarla y ambos deben inaugurar el mundo otra vez. Volver a escribir lo ya escrito. La vida viene en ciclos, Benjamín, la vida está dada por ciclos. Y se ha cumplido uno.

Se escuchó un viento terrible, la ventana de la habitación se abrió dando un golpazo y el viento entró como un invitado inesperado y funesto.

—Voy a cerrarla —dijo Benjamín y así lo hizo.

—¿Tienes frío muchacho?

—No, pero...

—¿Has visto como el cirio sigue encendido? —Monseñor se refería a un cirio encendido junto a su cama, sobre una pequeña mesa de madera.

—Lo veo.

—Ningún viento puede derrotar a la luz, ni el viento ni la niebla.

—Pero esa luz no ilumina más allá de esta pequeña habitación, Monseñor.

—Si tomaras con tu mano esta vela podrías llevar la luz a donde fueras, muchacho. Incluso bajo la lluvia. Incluso en este mundo muerto, nos muestra la vida. ¿Sabes qué encontró una mañana nuestro querido José Luis?

—Ha encontrado muchas cosas.

—Fue una mañana de navidad y lo que encontró fue una casa con una simple vela encendida. Había tres cuerpos echados a perder y la vela no se había apagado en meses. Meses...¿Me comprendes?

—¿Magia?

—No magia, un milagro. Como la Santa. Como vos mismo.

Un mapa del tesoro

En la iglesia solo dos personas sabían del talento de Benjamín: Monseñor Ascúnaga y José Luis. A ambos se los había dicho mediante el acto de la confesión, buscando un consuelo. Les contó sobre su madre, de cómo ella creía que estaba poseído por una entidad, un demonio, alguien que lo hacía tener la habilidad de mover las cosas con su mente. De como él mismo se sentía maldecido, porque lo había perdido todo debido a su extraña habilidad. Y de lo terrible que era para él no haber encontrado a su madre cuando volvió. Benjamín consideraba que había tardado demasiado.

— Te he preparado esto – dijo Monseñor, extendiéndole una hoja de papel —. Si seguís este mapa vas a encontrar un tesoro: el de la salvación.

Benjamín tomó el papel pero no lo desdobló.

— Gracias, Monseñor..

— Nada de gracias – dijo Monseñor –, te lo doy porque es mi obligación dártelo. Nosotros vamos a pasar ¿Te das cuenta? A mí me quedarán unos días, unos meses a lo sumo, y al resto, un año, dos, pero vos y la santa son el comienzo. Eso es así. Yo soy Simeon, que ha visto y creído que ve ¿Te das cuenta? Nosotros somos solo muestras efímeras. Pero de lo efímero es que están hechas todas las cosas eternas, por eso existimos. Quizá existimos para que ustedes existan, solo después de la separación puede ser la reconciliación, solo después del pecado viene la gracia, solo después de la muerte puede ser la resurrección. ¿Entendés eso, Benjamín? ¿Entendés lo que te quiero decir? Solo después del último puede ser el primero. Tu talento es una gracia. Vos sos el nuevo Moisés, el nuevo Sansón, el nuevo Adán.

— Gracias otra vez – dijo Benjamín, mientras se acercaba a

Monseñor para besarlo en la frente. El papel que tenía en la mano era demasiado importante para Benjamín, pero no por lo que monseñor creía.

— Que Dios, que ya te ha bendecido, te siga bendiciendo. Andá con Él, y partí pronto. Y dale saludos a la santa de mi parte. Ella sabe quién soy.

— Lo haré.

— Es una mujer bella.

— Eso he oído también.

— Una cosa más – dijo monseñor —. Su nombre.

— Lo sé – dijo Benjamín, a quien no le interesaba mentir más—. Teresa. Sé que se llama Teresa.

— Qué bien que lo sabés, eso también quiere decir algo. No voy a preguntarte cómo lo sabés, quién te lo dijo, no quiero disipar esa magia. Poca gente lo sabe. Pero está bien, vos tenías que saberlo. Andá con Dios. Espero verte en la eternidad. Eso espero. Eso deseo. Verte en la eternidad. Que Dios nos reúna algún día, pero que no sea pronto. Que a mí me lleve pronto, pero que a vos te de años muchos.

— En la eternidad será un buen lugar – dijo Benjamín y puso su mano sobre el hombro de Monseñor y luego salió de la habitación para dirigirse al comedor.

Era poco después del mediodía, pero el día estaba más frío y ventoso. Adentro, en el comedor, la sopa, rancia y un tanto amarga, debía estar servida y enfriándose, pero afuera, en el mundo, era un día intermedio entre dos estaciones. Benjamín recordó el viento en las plazas de Roma o de Venecia, pensó en el sonido de las campanas de las viejas catedrales, que había escuchado en sus años de interminables viajes con el circo. Pensó en el frío que hacía silbar las ramas desnudas de los Arces, o en interminables colinas blancas de nieve. Una ocasión, durante una estancia en Islandia, había visto subir una nave espacial que se dirigía rumbo a una estación espacial. Se lo hará contado a Teresa, le había hablado de aquel sonido y el fuego de sus motores rumbo al espacio. Le había prometido que, alguna vez, viajarían hasta allí. Era una absurda promesa, pero

en aquel momento la recordó y se preguntó si ella aún la recordaría. Si pensaría en él o si lo había olvidado como estaba seguro que su madre había hecho. Tenía la hoja de papel en la mano. Y no estaba seguro de nada, salvo de una sola cosa: había llegado el momento de ir a buscarla.

Parte Cinco. Teresa

Los muchachos de la casa 28

Los que vivían en la casa 28 eran cinco, dos mujeres y tres hombres. Ninguno era menor de veinte ni mayor de veintiocho y llevaban a cabo una práctica cruel: algunas veces por semana, siempre después de las once de la noche, salían a la calle a bordo de un viejo pick up y secuestraban borrachos o prostitutas o chicos o a cualquiera que se hallaran en una calle solitaria. A la víctima se le aplicaba una droga para dormirla y era llevada a la casa donde habitaban, el número 28 de una calle sin nombre, situada en lo que alguna vez había sido una colonia residencial privada. Ya en el lugar, los muchachos hacían su trabajo: a las víctimas les tatuaban el rostro con palabras soeces o dibujos de seres demoníacos o falos que llegaban a la comisura de la boca o figuras de dragones que podían extenderse hasta el cuello.

Unos más que otros, todos los muchachos de la casa 28 podían tatuar. Ellos se llamaban Los artistas malditos, y se tomaban muy en serio ese nombre. Francisco se encargaba de

los demonios y Yaris de los dragones. Ambos habían estudiado arte en la universidad y sus trabajos eran magníficas y nefastas obras de arte. Los demás, Teresa, Marcelo y Jager, hacían su trabajo cuando era necesario, y aunque no lo hacían mal, no eran tan buenos como Frank y Yaris.

Casi siempre tatuaban una víctima cada noche, salvo algunas excepciones. Una ocasión, habían tatuado tres chicos, una trillizas que encontraron alcoholizadas en una fiesta. Las drogaron antes de tatuar la frente de cada una con un triple 6, además de escribirles en el pómulo la palabra Odíame. A alguna de ellas le dibujaron dos falos, uno en cada mejilla, que se unían en la boca. Antes del amanecer, como lo hacían siempre, las dejaron a la vera de cualquier parque.

Para los chicos de la casa 28, su arte era una venganza. Era su manera de celebrar el mundo en que vivían. Era su contribución al caos.

Una mañana de diciembre

Una mañana de diciembre, Francisco despertó dolorido y con frío. Permaneció en la cama mucho tiempo, abrigado entre sábanas deshiladas y sucias, hasta que unas ganas terribles de orinar le hicieron levantarse para ir al baño. Se sentía mal, había comenzado a dolerle la cabeza y notaba, al palpase la frente, que su temperatura había aumentado; además, le dolían la espalda y las piernas.

El baño era una habitación minúscula con una regadera inservible, un excusado con el tanque del agua hecho añicos, un lavamanos en condiciones extraordinarias y un espejo rectangular pegado a una pared lateral, justo al lado del marco de la puerta. Al entrar, con el rabillo del ojo vio una especie de sombra en su rostro. Por instinto, retrocedió hasta el espejo. Entonces descubrió una inscripción en su frente: Soy un maldito; y otra en su mejilla izquierda: Mátame.

No hubo necesidad de llegar al excusado, para cuando

reaccionó, sintió un hilo de humedad que le bajaba por las piernas hasta los pies. Quiso gritar, pero la voz se le ahogó en la garganta. Apretó los puños y se propinó dos puñetazos en la frente y otro más en el pecho. Se mordió la lengua hasta sangrar. Fuera de sí, corrió hasta su habitación y buscó una vieja navaja que guardaba bajo el colchón. Al tomarla, se dirigió a la habitación contigua, la de Marcelo. Lo encontró en el piso, desnudo, la cabeza al borde de un vómito todavía fresco: dormía profundamente. Francisco ni siquiera lo pensó. Enterró su navaja en el pecho de su compañero. Marcelo despertó y emitió una especie de resoplido. Francisco asestó un segundo golpe. No había necesidad, pero lo hizo. Tampoco había necesidad de un tercero, en el estómago. Cuando los resoplidos cesaron, se levantó y corrió hasta la habitación de las muchachas: no estaban. Enfurecido, dio una patada y otra contra la puerta hasta quebrarla. Avisado por el ruido, Jager se levantó y salió de su habitación para ver qué sucedía.

— ¡¿Pero qué te pasa?! – gritó Jager.

— ¡Maldito hijo de puta!

Jager retrocedió al ver la navaja, pero Francisco era una bestia. Se abalanzó sobre él y clavó la navaja en el estómago. Jager cayó al suelo y Francisco entonces le propinó una patada tras otra, en las piernas, en el rostro, en los pulmones. Jager quería pero no podía gritar. Gemía y sangraba por la boca, por la nariz, por el pecho. Entonces Francisco se acercó a Jager para rematarlo. Se arrodilló y hundió tres veces la navaja en el pecho.

— Son unos malditos perros – gritaba.

Entonces Jager pudo decir algo. Sus palabras salieron manchadas de sangre. Lentas, pero, sin embargo, todavía audibles.

— Te recogimos – dijo —. No fuimos nosotros.

Entonces no pudo decir más. Se lo impidió la muerte.

Francisco se quedó quieto, sentado en el piso junto al cuerpo de Jager. Se derrumbó como un promontorio de ropa sucia que cae al piso. Tuvo la sensación de que acababa de despertar de un sueño terrible. Se hallaba sentado sobre un

charco de sangre roja, casi negra, y su aroma era tan fuerte que lo hizo vomitar. Cuando se levantó, volvió a su habitación. No dejaba de pensar que todo había acabado. Había asesinado a sus amigos. Se encontraba solo.

Yaris

—Ha sido por el tatuaje – dijo Teresa. Yaris se encontraba acurrucada junto al cuerpo de Jager, su novio. Lloraba con amargura.

—¿Cómo pudo creer que fuimos nosotros? —sollozaba Yaris.

Un rato antes, las chicas habían salido en busca de algo para comer. No había sido una buena noche, apenas habían podido dormir algo, así que, al despertar, tomaron sus armas y salieron porque no querían esperar a los chicos. Ambas se sentían cansadas. Habían buscado algo de café en uno de los comedores públicos, donde se entretuvieron hablando sobre cualquier cosa. Al volver, las recibió un aroma fresco de sangre que se extendía hasta la calle. Entraron con sigilo. Luego de lo que había sucedido por la noche, cuando Frank había sido secuestrado, no estaban tranquilas. Encontraron a Jager y Yaris se echó a llorar, pero Teresa buscó en las otras habitaciones. Marcelo apenas respiraba. Tenía la mano en el pecho. Parecía que no quería morir sin saber qué había sido de ellas. Frank, dijo, en un sollozo que depositó en el oído de Teresa.

— Tenemos que irnos – dijo Teresa a Yaris —. Debe estar buscándonos.

— ¡Estoy cansada! – Se quejó Yaris. Tenía los labios y el cabello llenos de sangre.

—Yo también estoy exhausta, pero tenemos que irnos. No tenemos tiempo para ponernos a llorar. ¿No te das cuenta?

—Ya no me importa.

En ese instante escucharon un ruido afuera. Teresa pensó que los perros no habían ladrado, así que era posible que fuera

Frank. Se quedó fría por un instante, pero reaccionó para tomar un bate de béisbol que guardaban tras una puerta.

—Puede que sea él —susurró. Teresa no estaba dispuesta a dejarse morir, así que esperó con decisión tras la puerta, pero nadie entró ni se escuchó otro ruido más afuera. Cuando Teresa pudo hacer reaccionar a Yaris, se levantaron y caminaron juntas hacia el patio. Encontraron a los perros en su vieja casucha. Una pareja de Rottweilers sujetos del cuello con gruesas cadenas. Teresa les acarició la cabeza y los desató para llevarlos con ellas y salieron de la casa por la parte de atrás.

La huida

Para Teresa era obvio que tenían que marcharse de la ciudad, en parte por los secuestradores de Frank y en parte por Frank mismo, pues estaba segura de que las buscaba. Se equivocaban, pero no tenían forma de saber que su compañero también se había marchado.

Yaris y Teresa caminaron sin descanso durante un par de horas. Por la tarde llovió copiosamente y se resguardaron bajo un pequeño puente.

— ¿Sabés qué me sorprende? – dijo Teresa, cuya voz era un susurro.

— ¿Qué te sorprende? – Yaris estaba un poco más tranquila. El cansancio de la marcha había actuado en ella como un tranquilizante.

— Me sorprende – dijo Teresa – que no sentí nada. Sentí miedo, porque soy una cobarde, pero no sentí ni lástima ni pena por Marcelo ni por Jager.

— Era mí Jager, y no es justo que ese hijo de puta le hiciera eso.

— Lo siento por vos, pero no por él. Él ya está en paz. Y eso se agradece en este sitio de mierda.

— Teresa ¿podemos volver a la Comunidad de tu padre?

— Sabía que me pedirías eso¿ ¿Qué vamos a comer? Qué le vamos a dar a los perros? Es insoportable.

- No te preocupes. Detesto la idea, pero si no hay más remedio, te prometo algo: pensaré si podemos volver.
- No me mientas. No ahora.
- Te juro que no lo hago.
- Confío en vos, Teresa. No tengo fuerza para no confiar, así que da igual, confío en vos.
- No te decepcionaré.

La colonia

Cuando Teresa salió de la colonia “Buenaventura” tenía 17 años. A los doce su padre empezó a hablarle acerca de ella misma, a convencerla de que era una niña especial, distinta, una elegida, que por ello la gente la observaba, que algunos, incluso, la habían visto en sueños, donde había llevado un mensaje que hablaba de un nuevo mundo. Otros, decían que en esos sueños, les había revelado algo sobre su propio futuro.

Siete veces por semana asistía al culto con su padre y su madre y escuchaba el sermón. A los catorce años, su padre le dijo que ella había nacido para ser elegida entre las elegidas, la nueva pastora de las ovejas en el redil de la iglesia. La chica lo escuchó, asintió con la cabeza, pero ya entonces pensaba que su padre no estaba bien. Además, le había obligado a no hablar con otros chicos. De hecho, salvo con los pastores de la iglesia, no se le permitía entablar amistad con nadie. Lo de tener un novio era algo que ni siquiera se mencionaba.

- ¿Lo amás? — le preguntó Teresa a su madre alguna vez.
- Muchísimo, es un hombre especial. Duro, pero especial.
- Entonces ¿por qué lo engañas siempre?
- No lo engaño, no me voy con otros hombres, por ejemplo, lo engaño con cosas simples, lo escucho y le digo lo que quiere oír. Él es muy bueno, y necesita eso.

La madre a la hija pasaban la mayoría del tiempo juntas, leían la Biblia, cocinaban, tejían, iban de paseo por el río, rezaban el rosario. No se les permitía ver televisión ni usar

internet, pero sí leer. Cada tarde, preparaban un tarro de café, algunas tostadas de mantequilla y mermelada hecha en casa, salían al patio, colocaban todo una mesa entre dos mecedoras, y se sentaban leer. En muchas cosas, eran bastante cómplices.

— Pero le decís que soy una elegida y eso no está bien.

— Si le dijera lo contrario, él no me haría caso. Sentiría que lo traiciono y eso es peor. Además, la gente de la iglesia sentiría lo mismo. ¿No te das cuenta de que están convencidos? Tampoco entiendo por qué está mal. ¿En qué te molesta?

— No quiero tener una vida de iglesia. No quiero.

— No es tan mala.

— Hablá por vos. Ni siquiera sé por qué estás con él o cómo te enamoraste. ¿Estuviste enamorada alguna vez?

— Lo estoy aún.

— ¿Me estás mintiendo, mamá?

— Las cosas van bien. Tenemos una casa preciosa, no nos hace falta la comida, el lugar es bonito y la seguridad es de primera. Afuera el mundo se cae a pedazos. Adentro, estamos bien. ¿Qué más podés pedir?

— Pero mamá...

— ¿Qué más podés pedir, en serio? No seas tonta, Teresa. Querés un novio, es lo que pasa. Querés hablar con los chicos. Es una tontería.

Teresa tenía que estudiar la Biblia con los demás pastores durante varias horas cada mañana. La vida se convirtió en algo muy parecido a un castigo.

El caos se había iniciado cuando Teresa tenía 17. Meses antes, había encontrado una manera de comunicarse con dos chicos: lo hacía a través de unas cartas diminutas que escribía cada noche y que, cada madrugada, dejaba en un lugar que habían elegido, en la parte trasera de su casa. A través de ese escape planearon marcharse. Pero todo se precipitó. El día de la confusión de los helicópteros, tomó sus cosas y se marchó sin dejar siquiera una nota de despedida.

Casi un año después de su marcha, una mañana, alguien llamó a la puerta de la casa número 28. Todos los muchachos,

que aún dormían, se levantaron, tomaron sus armas y se asomaron a una ventana lateral. Quien llamaba era un hombre entrado en años vestido todo de blanco y calzado con sandalias de cuero.

— ¿Qué quiere? – preguntó Jager.

— Buenos días – respondió el hombre—. Quiero dejar esta nota para la señorita Teresa.

Entonces dejó la nota bajo la puerta, dio media vuelta y se marchó. Antes de abrirla, Teresa sabía quién había escrito la nota, lo que no sabía era cómo y cuándo la habían encontrado. La nota decía: “Te estamos esperando”.

El encuentro

Era un perro Rotweiler enorme, rollizo, con las fauces llenas de sangre. Lo observó venir hacia él, sin dejar de ladrar. El animal estuvo a punto de morderlo, pero Benjamín no pudo reaccionar sino hasta que lo tuvo a unos centímetros, cuando, con un ademán, lo hizo detenerse. El perro chilló como si lo hubiera golpeado con un palo.

Antes de esto, Benjamín estaba sentado bajo un árbol. Llevaba días andando, desde la frontera sur de México. Entonces iba en busca de su madre, a quien no había visto en una década. Intentó localizarla a través de los correos electrónicos cuando supo lo que ocurría en la región, pero no recibió nunca una respuesta. Sabía que nadie podía entrar ni salir de aquel lugar, así que no llegó a plantearse volver a buscarla, hasta que una serie de sueños recurrentes le quitaron el sueño y la calma, y tomó sus cosas y viajó decidido a volver a su antigua casa. Llevaba semanas andando a través de pueblos abandonados, ciudades vacías, calles llenas de desperdicios y oscuridad. Había visto tantos cadáveres abandonados en las calles o en hospitales desvencijados, pero la parecía andar en medio de una pesadilla o del juego electrónico más sombrío.

Una tarde, se sentó bajo un árbol para descansar. Era un día

frío. Por la mañana, había llovido mucho, y él se sentía cansado, le dolían los pies, que sentía húmedos, así que paró para comer un bocadillo y secar sus pies. Había comido ya cuando observó la silueta moviéndose en la niebla, salir de la oscuridad, y abalanzarse sobre él. Cuando el perro cayó al piso, insistió en su ataque, pero volvió a retenerlo. Casi en el mismo instante, se escucharon unos silbidos y las voces de unas mujeres que gritaban “Titán”. El perro reaccionó a esto y corrió en dirección a los gritos. Y así lo hizo también Benjamín. Llevaba días sin hablar con nadie.

Benjamín se encontró con una mujer vestida con jeans y un suéter con cuello de tortuga que acariciaba al animal. La saludó desde lejos con una mano alzada. Al verlo, la mujer, que estaba inclinada, se incorporó. El perro permaneció junto a ella. Cuando estuvo a unos metros, ella le preguntó su nombre.

— Me llamo Benjamín y vengo de la frontera.

— ¿Has visto un perro? ¿Has oído ladrar a un perro?

— Solo el que está con vos ahora.

— Estoy buscando a mi otro perro. Creo que se perdió.

— Allá atrás la niebla es espesa. Pudo haber bajado al bosque y perderse. ¿Es peligroso?

— Si te acercas demasiado, lo es —le aseguró Teresa—.

¿De verdad venís de la frontera?

— Sí. He regresado.

— Eso no puedo creerlo. Nadie regresa. ¿Quién regresaría al infierno por su propia voluntad? Nadie tendría un motivo.

— Vengo a buscar a mi madre.

— ¿Vive?

— Supongo que vive.

— Él supone... Él supone que vive... Él supone que es un héroe que viene a salvar a la madre que vive.

— ¿Cómo te llamas?

— ¿Vamos a ser amigos? ¿O quieres conquistarme? No te acerques más —dijo Teresa. El perro se encontraba tras ella. Benjamín estaba a menos de un metro y Teresa le mostró un arma.

— No pretendo nada. Llevo más de una semana sin hablar con nadie. Mira —dijo benjamín, y le mostró lo que llevaba en la mochila.

— Teresa —respondió la chica. Soy Teresa. ¿Vas a la ciudad?

— Voy a la ciudad, sí. Dicen que queda gente.

— Algunos.

Teresa silbó hasta que otro silbido lejano le respondió. Estaba dubitativa. Había encontrado a alguien y no se lo esperaba.

—No voy a hacerte daño —dijo Benjamín.

—No podrías.

— Yo viajo solo. ¿No les da miedo viajara solas? Bien podría ir con ustedes.

— ¿Miedo de qué? Aquí no queda nadie. La carretera lleva años sin que nadie la transite, supongo que hasta los ladrones se murieron de hambre. Además, tenemos a los perros, y no sabes cuántos somos. No necesitamos héroes extras.

— El perro se perdió.

— Puede que no o que sí, no lo sé.

Unos minutos después encontraron a Yaris.

Actos de magia

Benjamín le ofreció algo de comer y las dos chicas aceptaron. Se sentaron a comer y hablaron poco, pero lo suficiente para que Benjamín les contara qué se decía afuera de lo que ocurría adentro. Llevaban meses sin noticias del exterior, así que lo agradecieron. Cuando se hizo de noche, decidieron andar. Al final de la tarde, una leve llovizna cayó y el clima se enfrió. Benjamín dijo que estaba cansado y que iba a armar una tienda de campaña, que estaba helándose, y la chicas dijeron que ellas estaban bien, pero que tampoco avanzarían más.

Benjamín armó la tienda en un pequeño descampado, a unos metros de la carretera. Poco después, la lluvia se hizo más fuerte y Yaris y Teresa entraron a la tienda. Sin saber cómo

aquello había sido posible, Benjamín estaba en un sitio desconocido bajo una lluvia torrencial junto a dos mujeres que hasta esa tarde jamás había visto en su vida. También, sin saber cómo, Teresa estuvo frente a él y hablaron por mucho tiempo sobre el mundo exterior. Teresa quería saber sobre Tokyo y sobre Londres y Benjamín contó lo que sabía. Yaris fingió dormir dándoles la espalda. Poco a poco, todo pareció estar bien.

A la mañana siguiente todo se precipitó de la manera más inesperada. Benjamín quiso impresionar a Teresa, así que, mientras bebían algo de café, que bebían de una sola taza que se pasaban unos a otros, se le ocurrió hacer un pequeño prodigio con un pedazo de pan duro.

—Voy a mostrarles algo si prometen ni decir nada, es decir, no asustarse ni gritar ni salir corriendo.

—¿Qué clase de cicatriz tienes? —dijo Yaris—. He visto cosas que no te imaginas, así que nada va a hacerme ponerme a llorar como una niña.

—No tengo ninguna cicatriz —dijo Benjamín, entonces tomó sobre su mano el pedazo de pan y lo hizo flotar a unos cuantos centímetros.

Las chicas lo observaron de la misma forma que si vieran el acto de un mago, pero a ninguna le impresionó demasiado. Eran unas chicas duras, insensibles de muchas maneras.

—¿Puedes hacerlo con algo más grande? —preguntó Teresa.

— Puedo levantarte, si quieres.

— ¿Sí? A ver, hazlo —le pidió Teresa, y se sentó en el piso en posición de loto. Benjamín entonces la observó detenidamente y la hizo flotar unos centímetros del suelo.

— ¿Cómo es posible? —preguntó Yaris.

— No lo sé —respondió Benjamín, mientras hacía bajar a Teresa.

— Se siente como una especie de energía, algo nada natural.

— ¿De verdad no sabés?

— Nunca he salido cómo. Para mí es natural. Mi madre creía que estaba poseído, pero sé que no es eso.

— Nunca pensé que alguien así pudiera ser real —dijo Teresa, animada—. De verdad sos un héroe. ¿Lo sabes?

— Nunca he pensado algo así.

— ¿Puedes levantar a alguien cien metros?

— Quizá.

— ¿Podrías volar? ¿Por qué no viniste volando?

— No sé qué piensas que es, pero eso no es así. Es decir, puedo hacer ciertas cosas, pero no soy un personaje de cómic.

— ¿Por eso trabajaste en un circo?

— Sí, fue por eso.

— ¿Querés levantarme a mí, héroe? —preguntó Yaris, y Benjamín la levantó un tar de metros del suelo.

Benjamín la levantó unos centímetros del suelo; al hacerlo, la muchacha cerró los ojos y abrió los brazos de par en par.

— Mierda, de verdad puedo volar —exclamó Yaris.

— ¿Puedes levantarla un poco más? —preguntó Teresa y Benjamín asintió—. Hazlo.

— Sí, hazlo —le pidió Yaris.

Benjamín entonces la levantó sobre sus cabezas. Yaris parecía estar flotando sobre la superficie de una piscina. Entonces, Teresa se acercó a Benjamín y lo besó en la boca, un beso lento y suave. Cuando Yaris cayó, dándose un golpe en la espalda, al tiempo que gritaba groserías, Teresa se separó de Benjamín y se echó a reír.

Trece días

Trece días fueron los que Teresa y Benjamín pasaron juntos, cinco de los cuales habitaron en un hotel abandonado, durmiendo en camas todavía mullidas, cortando frutas silvestres de los alrededores, cazando conejos en el monte y asándolos a fuego lento a la orilla de una piscina llena de agua verdosa y putrefacta donde flotaban algunos nenúfares muertos hacía mucho. Desde el principio, Benjamín supo que el beso de Teresa le había afectado. Comprendía que había sido un juego, dado que no era un idiota, pero aún así, aquel hecho lo perturbó.

Hacía mucho que no estaba con una mujer, años, y nunca había tenido una relación real. Cuando trabajaba en el circo, tuvo relaciones esporádicas, primero, con una trapeceista, otra ocasión, con la hija de un mago. En algunas ciudades, había visitado prostitutas. Pero nunca tuvo un noviazgo o alguien cercano con quien vivir un romance. En Atlanta, había visitado con cierta frecuencia un lugar de prostitutas Robot. Por unos cuantos dólares, podía vivir una experiencia con un modelo de inteligencia artificial, y esa era, sin duda, su experiencia mas recurrente, dado que había visitado esa casa por lo menos una vez cada par de meses los últimos tres años. Así que la cercanía de Teresa era algo nuevo para él.

El segundo día en el hotel, que era el séptimo juntos, sucedió que Teresa se metió en su cama al oscurecer. Por seguridad, dormían en la misma habitación, en la cual dormía también el perro, el único que tenían, dado que el otro no había regresado. Yaris estaba juntos ellos, pero a ninguno le importó. Esa noche, cuando Teresa se quedó dormida, benjamín estuvo un largo rato en silencio, despierto, preguntándose cómo había sido posible. En el circo, su jefe, el señor Constantino, era también como su padre. Cuando Sonia, su madre, lo llevó por primera vez al circo, fue con él con quien habló. Y este hombre, fascinado por el talento del chico, lo llevó a su casa y lo trató bien por muchos años. Cuando benjamín dijo a Constantino que se marchaba a buscar a su madre, este trató de convencerlo de que no lo hiciera de todas las maneras que pudo. Al despedirse, lo hizo como quien se despide de alguien que sabe que no volverá a ver nunca más. Para el señor Constantino, volver era hundirse en una tumba. Y, sin embargo, a pesar de las terribles condiciones, se encontraba en medio de la desolación y la oscuridad junto a una mujer de la cual ya creía estar enamorado, a pesar de los pocos días.

La casa

Cuando Teresa dijo No a la propuesta de quedarse en casa

de la madre de Benjamín, este se sintió desolado.

—¿Qué voy a hacer yo en la casa de tu mamá? —dijo Teresa, casi con fastidio—. Además, en las casas no vive nadie, todo el mundo vive en comunidades, en las iglesias, sobre todo. Vivir solos en una casa es imposible.

—Comprendo.

—No. No creo que comprendas nada. Me la he pasado bien con vos, no voy a negarlo, pero eso no significa nada. Apenas te conozco. Es la verdad.

Cuando llegaron a la ciudad, Benjamín todavía tenía la ilusión de que Teresa se quedara con él. Aunque no habían tenido relaciones desde la noche en el hotel, ella hablaba con él todo el tiempo. Incluso le había pedido hacer algo por ella, un acto semejante al que efectuaba en el circo: él debía esconderse o pasar al menos desapercibido cuando ella se acercara al río donde, supuestamente, estarían reunidos los miembros de la iglesia a la cual pertenecía su padre. Entonces, ella caminaría sobre el agua.

— Con o sin vos voy a hacerlo, héroe, así que, si no querés que me ahogue, no me dejés caer al agua.

— Teresa – dijo Benjamín — ¿me quieres?

— ¿Cómo que si te quiero? ¿Qué tiene eso que ver con nada?

— Entonces, ¿me quieres?

— ¿Si te quiero? – repitió ella—. Qué cosa. Vaya pregunta. Pues sí, sí te quiero. Llevamos dos semanas juntos, te tengo respeto y cariño. Y también admiración, sos un héroe. Pero ya, deja eso. Creo que la última vez que me preguntaron eso tenía 12 u 11. No sé.

— ¿Por lo menos vas a pensarlo?

— ¿Si voy a pensar qué, quedarme en tu casa?

— Sí.

— te lo he dicho, Benjamín. No puedo quedarme. ¿Podés entender eso? Es demasiado peligroso. ¿En que mundo creés que vivimos?

— Vas a estar conmigo.

— Sí, héroe mío querido, pero si te pasa algo, luego qué,

¿qué hago? O si te cansás de mí, ¿qué voy a hacer sola?

— No me voy a cansar de vos.

— No seás iluso, Benjamín, uno siempre se cansa del otro, así es la vida.

— No tiene por qué ser así.

— No tiene, pero así es, y vos no podés hacer nada para evitarlo.

Como Teresa le había advertido, el barrio donde se encontraba la casa de su madre, estaba desierto. Y lo estaba la colonia y el pasaje. Era un día gris, frío, ventoso. El cerro estaba cubierto por la niebla. Sabía que era inútil, pero de todas formas llamó a la puerta. Luego de un rato, se concentró, movió el pestillo con su mente y entró a la casa. Se encontró un espacio sumido en la penumbra donde los muebles de la sala habían sido cubiertos con sábanas blancas. Dudó de que su madre hubiera hecho eso. Entró a la cocina y encontró una olla con restos de lo que algunas vez habían sido vegetales. Las habitaciones estaban vacías, salvo por la que alguna vez había sido la de servicio, donde estaba una motocicleta. Era un modelo antiguo, como todo en ese lugar. Benjamín no la recordaba y no imaginaba que su madre pudiera tener una. Pensó que quizá había tenido un novio que le gustaran las motocicletas. En la alacena de la cocina encontró latas de frijoles con la fecha de vencimiento de un año antes. No había nada comestible en el lugar, pero él todavía guardaba algunas naranjas. No importaba. Desde ese día esa sería su casa. A lo mejor su madre regresaba de vez en cuando, pensó. Se sorprendería mucho de verlo otra vez. Había pensado que su madre ya no le temería. eran adultos, podían hablar del tema. Supuso que, después de haber visto tantos muertos, su hijo sería un paseo de campo. Además, ¿por qué habría de temer a un ser vivo que había llegado a buscarla para protegerla?

La Santa

Dos días después de que se separaran, como Teresa le había indicado, visitó la orilla del río y caminó siguiendo la corriente hasta encontrar una comunidad de casas, todas ellas iguales entre sí. Era la hora indicada, así que se escondió entre los arbustos. Poco después, apareció una buena cantidad de gente, todos ellos de rostros y cuerpos escuálidos. Entre ellos, apareció Teresa. Llevaba un vestido blanco, largo, limpio, en buen estado. Para él, se veía espléndida. La observó desde lejos hacer ademanes frente a las personas que la miraban, luego darse vuelta y caminar hacia el río, detenerse en la orilla, respirar, poner un pie, quizá con desconfianza, pero él la había cazado, la sostenía, así que ella puso su otro pie y luego avanzó con seguridad. Caminaba sobre el agua. Era un acto precioso. Benjamín pensó que podía hacerla ascender al cielo si era necesario. Podía hacerla volar por los aires como alguna vez había hecho caminar a dos equilibristas sobre una cuerda floja invisible. Si no lo hizo fue porque no haría nada que ella no le hubiera pedido. Teresa hizo un camino de ida y vuelta sobre el río, ante la mirada atónita de todos los reunidos en el lugar. Cuando acabó, el alboroto fue descomunal. Fue entonces que Teresa dejó de ser Teresa y se convirtió en la Señora, la Santa, y esa iglesia pasó a ser su iglesia, y fue virgen para sus fieles desde ese primer instante, y él, Benjamín, todavía tras los arbustos, la observó alejarse, perderse entre la emocionada multitud. Cuando, dos días más tarde, se presentó a la puerta de la iglesia y preguntó por la señora Teresa, un hombre armado con una escopeta le dijo que era imposible que la señora lo recibiera, que ella no recibía a nadie.

Unos días más tarde, Benjamín volvió a intentarlo. Esta vez, en la puerta que daba acceso a la comunidad no había nadie. Pero no encontró a nadie en todo el lugar, que había sido abandonado. Pensó que había cometido un error, que debió haberse deshecho del hombre de la escopeta y entrado y buscado a su Teresa. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no le dijo que iban a marcharse? Se sintió desesperado, pero no pudo hacer otra cosa que andar hasta un edificio no lejos de allí, una iglesia desvencijada que recordaba de niño. Era un día terrible para él,

así que entró allí para buscar consuelo. AL principio, supuesto que se encontraba vacía, pero no era así. Al entrar, se encontró con un grupo de niños y un hombre que les hablaba, no del evangelio, si no de un ogro verde y poderoso que se convertía en un monstruo cada vez que se enfurecía.

Parte seis. Lluvia

Una casa

— Nos están observando – dijo José Luis. Benjamín giró el cuello y miró hacia afuera. Se encontraban en el salón de una casa y revisaban un escritorio.

— ¿Dónde? —preguntó Benjamín.

— No ahora, en la iglesia. Esta mañana, luego de que los niños encontraran las cabezas, vimos a unos merodeando por allí. Ya sabés, estaban entre unos arbustos más allá del muro.

— Entiendo.

— Tuve que decirle a Monseñor, pero él está tranquilo, dice que vamos a estar bien, que no cree que suceda nada, que bastará con enviar un emisario.

— ¿Cerrarán las puertas más temprano?

— No vamos a esperar la oscuridad.

— Es lo mejor.

— Deberías quedarte —dijo José Luis, que revisaba unos cajones abajo, sin encontrar nada valioso—. Hoy menos que nunca estás seguro en esa casa, y supongo que lo sabés.

— No puedo irme, y creo que también lo sabés.

— Esas son estupideces – gruñó José Luis.

— No son estupideces, no quiero ni puedo dejar la casa.

Pase lo que pase.

José Luis se levantó y miró el reloj, eran las dos con cincuenta y tres minutos. Salieron de la casa y caminaron, como lo hacían siempre, en medio de la calle. Lo hicieron sin hablar. De pronto, José Luis puso la mano sobre el hombro de Benjamín.

—No es buena idea —dijo José Luis.

—¿Has visto algo?

—No, no es eso, pero creo que no es buena idea seguir. Tenemos que volver ya mismo.

—¿Seguro que no sucede nada?

—Un presentimiento —dijo José Luis—. Nada más. Y no sé si significa que debemos volver por algo, o que no debemos seguir en esta dirección. Hay algo oscuro aquí. No sé qué, pero mejor volvamos a dónde tenemos que ir y volvamos de una vez.

Caminaron alejándose del lugar. En algún momento Benjamín, volvió a mirar las casas que quedaban atrás, pero no observó nada. La calle, arriba, se había llenado de una niebla poco espesa. Pese a ello, no había más, salvo silencio.

Un tesoro

Entraron a una casa y José Luis fue directo al desván de la misma. Para entrar, había una puerta asegurada con una cadena y un candado. Lo abrió y pasaron y caminaron a través de la oscuridad. José Luis encendió un mechero improvisado en una botella de vidrio. Entonces cogió unas cuantas escopetas que se encontraban sobre el piso.

—¿Y esto?

—No quería tenerlas en la Iglesia por los chicos, además, no las necesitábamos, pero pueden hacernos falta esta noche.

—¿De verdad lo creés?

—No lo sé. No sé muchas cosas en este instante —se quejó José Luis.

—¿Están cargadas?

—No. No lo están, pero hay suficiente munición en la Iglesia. Esta noche habrán hombres sobre el muro. En la oscuridad. Ya sabés, mejor prevenir.

—Sí, entiendo —dijo Benjamín y cogió dos rifles y José Luis cogió otros dos y salieron de aquel lugar.

Un hombre

El perro estaba junto al hombre. El hombre se encontraba en medio de la calle y sostenía un machete. Lo habían encontrado justo al dar la vuelta a una calle.

—Buenas tardes, señor —saludó José Luis. ¿Usted vive por aquí?

—¿Qué estaban haciendo en esa casa?

—¿Qué casa, señor? Entramos a muchas.

El perro, un pitbull de cara enorme estaba sentado sobre sus patas traseras y los observaba. El hombre dio un gruñido, o pareció que daba un gruñido, y el perro se levantó y ladró.

—Creímos que no vivía nadie allí. No vive nadie en esta zona, o eso creíamos.

—Hijos de puta, es lo que son —dijo el hombre—. Hijos de puta malditos. Y ahora nos vamos a morir.

—Debería calmarse —dijo Benjamín. El hombre los insultaba sin moverse.

—Hijos de puta...

—¿Está vivo? —preguntó Benjamín.

—Tan vivo como nosotros —fue la respuesta de José Luis.

El hombre seguía diciendo Hijos de puta, mientras hacía chocar el machete en el piso. Daba pequeños saltos sin avanzar o retroceder. Tenía mal aspecto: famélico, una barba negra, espesa, larga, que le llegaba al pecho, y vestía un abrigo pero usaba camisa. Jeans rotos en la parte de la rodilla y botas de cuero. De pronto, empezó a moverse lateralmente, yendo y viniendo y diciendo: Ahora nos morimos. Ahora nos morimos hijos de puta. Ahora nos morimos. El hombre corrió hacia ellos y el perro también. Benjamín puso sus manos al frente, como si estuviera a punto de chocar contra un automóvil, y el hombre se detuvo, pero el perro no. Entonces Benjamín hizo un gesto como cuando se lanza una cachetada y el perro salió disparado y se estrelló contra un automóvil inservible estacionado a unos metros de ellos, a la izquierda. El perro emitió un chillido. El rostro del atacante estaba desencajado. Benjamín lo soltó y este ya no se dirigió hacia ellos si no hacia el perro. Se arrodilló junto al animal. Luego, giró el cuello, cogió su machete y volvió

a atacarlos. Brujería, gritó el hombre. Maldito. Maldito. Benjamín no tuvo más remedio que hacerlo caer, una y otra vez, hasta que tuvo que lanzar al hombre y este se estrelló contra un muro cercano.

Cuando todo pasó, ambos hombres caminaron sin hablar. Antes de despedirse, José Luis volvió a desearle un feliz cumpleaños a su amigo y le insistió que se quedara. El otro ni siquiera quiso negarse, solo caminó hacia su casa, la casa de su madre.

Era una tarde fría. La niebla había bajado de los cerros y calle abajo ya no se observaba más que la extraña blancura casi gris que avanzaba. Los dos hombres caminaron en dirección contraria. No estaban lejos de la iglesia. Tampoco la noche estaba lejos.

Parte siete. Los del cerro

La señora Leticia

La señora Leticia tenía cerca de veinticinco años cuando perdió a su marido en una riña callejera. Lo mataron tres hermanos a puñetazos. Aunque mucha gente había presenciado el evento, nadie dijo nada más tarde en contra de los hermanos Castro, cuando la policía llegó a buscar testigos. La señora Leticia sabía que su marido había tenido problemas con el menor de estos hermanos, a quien le había fracturado la quijada en un pleito a la salida de una cervecería.

Leticia se casó recién cumplidos los veintitrés años. Cuando esto, llevaba varios años de ser secretaria en un periódico local, trabajo que abandonó para hacerse cargo de la panadería de la cual su esposo era propietario. El tipo la había heredado de su padre. Alguna vez había sido un buen negocio, pero a causa del alcoholismo del marido, las cosas no siempre iban demasiado bien. Cuando los tres hermanos hicieron realidad la nefasta certeza que tenía Leticia acerca del destino de su

marido, ella tomó por completo las riendas de su vida y la panadería. Se encajó un vestido negro y comenzó a transformarse. Se volvió, poco a poco, una persona distinta, la que siempre había permanecido dentro de ella, pero que emergía igual que los volcanes aparecen de pronto, en un acto terrible.

Un día, Leticia vio en la televisión a un panadero que había tenido un inesperado éxito en su país, Tailandia. Este tipo elaboraba pan con la forma de cabezas, brazos, piernas y pies humanos, a veces rellenos de carne de res y vegetales. A Leticia, antes que grotesca, la idea le pareció maravillosa. Uno podía desayunarse la cabeza de una persona con una taza de café, mientras leía el periódico. Las primeras cabezas estuvieron en las estanterías de la panadería un mes después de la muerte del marido. Lo único que no causaron fue indiferencia. A algunas personas les dio asco, otras la tildaron de satánica, y si nadie le llamó necrófila fue, simplemente, porque la palabra era poco conocida entre sus clientes habituales. Con el tiempo, justo como había sucedido con su héroe Tailandés, la gente fue haciendo más pedidos. Al principio, lo más común fue el pan con forma de manos y de brazos, pero no pasó mucho tiempo para que alguien le encargara una cabeza, una pierna rellena de carne de res y vegetales, o hasta un cuerpo entero. Era un trabajo sabroso e innegablemente muy bien elaborado. Más de alguno llevaba fotografías para que el pan que fueran a comerse se copiara de ahí. Al cabo de pocos meses, era un negocio redondo.

Y fue, también, al cabo de pocos meses, casi seis, para ser exactos, que la señora Leticia tomó un leño que estaba a punto de ser echado al horno donde horneaban su pan y lo llevó a su habitación. Era un tronco grueso, de unos ochenta centímetros de largo, por doce o quince de ancho, en forma de obelisco invertido. Era lo que según ella había estado esperando: una señal. De eso estaba convencida. Por ello, esa noche salió de su casa cerca de la una de la madrugada. Ya antes lo había hecho así. Se vestía con su traje negro y un velo, negro también, y andaba hasta la casa de los tres hermanos que habían asesinado

a su marido. Eran unos borrachos y ella sabía dónde solían beber y a qué hora llegaban a su casa, pues los había estudiado.

La noche era cálida, sin luna. El aire era seco. Las calles estaban vacías. Frente a la casa de los hermanos, la oscuridad era total, puesto que el farol de alumbrado eléctrico había sido quebrado de una pedrada días antes y nadie se había encargado de reponerlo. La señora Leticia esperó bajo el farol. No pasó mucho tiempo para que lo viera andar. Era el mayor de los tres. Por suerte, llegaba solo. Estaba tan borracho, que se tambaleaba de un lado a otro de la acera. Doña Leticia esperó pacientemente, hasta que estuvo tan cerca que pudo sentir su aliento alcoholizado.

En la panadería

— Señora Leticia ¿Ya se enteró? —preguntó una mujer llamada Marcela.

— ¿Pasó algo más?

— Mataron al hermano de en medio —dijo la mujer.

Doña Leticia no dijo nada. Siguió con lo que estaba haciendo, unas pequeñas cuentas que llevaba en un cuaderno de páginas cuadriculadas.

— Lo mataron como a los otros dos hermanos, a golpes.

—Pobre miserable —dijo la señora Leticia—, pero no lo voy a compadecer.

— A mí quien me da lástima es la mamá de ellos, en menos de un año se le murieron los tres hijos y de la misma forma.

— No se le murieron – dijo Mauricio, el encargado del horno en la panadería—, se los mataron, que es distinto.

— Mejor no hablemos de esos desgraciados aquí – dijo doña Leticia.

— Perdón – dijo Marcela. Mauricio no dijo nada, dio la espalda y continuó con su trabajo. Estaba horneando unas cuantas piernas para un pedido de la tarde—. En fin, solo quería algo de pan. ¿Tiene manos frescas?

— Hay de hoy en la mañana —dijo la señora Leticia.

Fue entonces cuando escucharon ese ruido, primero lejano, disipado por los ruidos de los automóviles que pasaban a esa hora.

— ¿Qué es esa tronazón? – preguntó Mauricio, segundos después.

Todos se quedaron callados. Era un ruido que crecía. Pronto se hizo tan fuerte que los estantes empezaron a temblar. Doña Leticia salió a la calle y los otros dos la siguieron. Entonces observaron aquella nube negra. No supieron calcular cuántos eran, tampoco tenían idea de adónde se dirigían ni por qué. El ruido era ensordecedor. Docenas de helicópteros cubrían el cielo. Jamás habían presenciado un espectáculo como el que veían. Algo sombrío y frío le erizó los pelillos de la nuca a doña Leticia, y, sin saber por qué, pensó en su padre, tendido sobre la cama, los ojos cerrados, los labios fríos, incluso pudo sentir el olor a medicinas que había en la habitación donde lo había visto la última vez.

— Qué extraño – musitó para nadie, pues su voz era inaudible sumergida en el ruido de los helicópteros

El resto de la mañana no hubo cliente que llegara a la panadería que no mencionara lo de los helicópteros. También se escuchó una explosión y en los noticieros dieron una noticia vaga del asunto. Dijeron que eran para un desfile militar, una exhibición del ejército de los Estados Unidos, y que dos de ellos habían sufrido un accidente, pero que, salvo los pilotos, no había otras víctimas.

Eran más de las cinco de la tarde cuando el día se oscureció a causa de una tormenta. Para entonces, doña Leticia preparó café y lo repartió entre sus dos empleados. No hubo conversación. Cada uno estaba sumergido en lo suyo. Doña Leticia no había podido deshacerse del rostro de su padre en todo el día, de las cuencas vacías, de los labios fríos que había querido besar entonces, siendo solo una niña. No se arrepentía de haberlo hecho. No había por qué. Después de todo, era su padre. Cuando, siendo una adolescente, en el colegio, las amigas le preguntaron una vez, durante una reunión, si había

besado a alguien en la boca, ella contestó que sí, que a un hombre de cincuenta y cinco años de edad, pero que no había sido un buen beso porque sus labios estaban fríos. Ninguna de sus compañeras de noveno grado supo a qué se refería. Alguna de ellas pensó que, a lo mejor, los labios de los hombres viejos eran insípidos.

El día de los Helicópteros, doña Leticia durmió con el leño en las manos. Lo había pintado de negro, para disimular, según ella, los rastros de sangre. Con el leño negro en sus manos se sentía segura. También, al acostarse, vistió con pantalones de mezclilla, negros, y la camisa oscura que había llevado hacía dos días, cuando había asesinado al último de los tres hermanos Castro. Además del rostro de su padre, no había dejado de pensar en los helicópteros. No creía el cuento ese del desfile militar. Era un cuento burdo e inconsistente. En la madrugada, sin saber cómo, vino a ella la idea de que tendrían que marcharse pronto, de que algo mucho peor estaba por acontecer.

La decisión

Pensó marcharse sola, pero se dio cuenta de que no era conveniente. Si las cosas se ponían duras, y sabía que así sería, gobernaría la anarquía, la ley del más fuerte, y en esa situación más valía no estar sola. No tenía miedo, estaba preparada para luchar, pero mejor si lo hacía junto a otros. Incluso, se relamía los labios, quería, deseaba secreta y profundamente que llegara el momento. Pero también pensó en las posibilidades al respecto de lo que ocurría. Las cosas estaban pasando demasiado rápido. En apenas tres días se sabía de muchísimos muertos, por lo que estaba claro que lo de la viruela se volvía incontenible. En algún momento, dos o tres días después de los helicópteros, alguien le comentó que las fronteras estaban cerradas y que algunos barcos militares patrullaban la costa. Comprendió que debía actuar más rápido que los acontecimientos. Era la única forma de sobrevivir. Fue entonces

que pensó en el cerro como una opción que podía ser viable. Ella sabía que en el interior del cerro había un nacimiento de agua y muchas cuevas. Necesitaba armas y hombres que estuvieran dispuestos a usarlas. Debían, además, abastecerse de la mayor cantidad de gasolina que pudieran y de otros víveres. Para la madrugada, su plan estaba hecho y la decisión tomada. A la mañana siguiente, reunió a los vecinos y les expuso la idea. Les dijo que estaban solos, que debían hacer algo ya mismo, que era el tiempo de actuar, y, como era obvio que estaban solos, le creyeron. También les dijo que la ciudad estaba contaminada, que la mortandad no era algo que se iba a poder evitar, y que el gobierno, en caso de que existiera uno todavía en funciones, no conseguiría evitarlo ni tendría voluntad para hacerlo. Además, les dijo que armarse era una necesidad, que si no se querían ver asesinados y robados por grupos de vándalos, y se sabía que andaban grupos de vándalos a un lado y otro, tenían que actuar, actuar antes de que las cosas sucedieran, tenían que armarse de valor, hacerse hombres como fueron los hombres de antaño, volverse mujeres como las mujeres de antaño fueron, y pelear por su vida. Los convenció de que había llegado el momento de luchar, de luchar de verdad. También les aseguró que la ciudad, que el país entero estaba maldito. Que la oscuridad se cernía sobre todo y que ellos tenían que ser duros y ser duro significaba ser más oscuros que la oscuridad misma. Les habló con tal decisión que nadie se atrevió a negar sus palabras. Así sucedió. Así empezó todo. Aquella mañana organizó a los vecinos. A unos los mandó a robar armas a los centros comerciales. Primero armas, les dijo, luego los víveres, eso es lo importante, si no es la viruela otra cosa nos va a matar y tenemos que estar protegidos. Escopetas, pistolas, granadas, lo que se pueda encontrar, y cuchillos, también cuchillos, los cuchillos siempre son útiles, y tiendas de campaña, todas las tiendas de campaña que se puedan, y luego los víveres. Luego, robaron un camión cisterna de gasolina que escondieron en el cerro. Al cerro se accedía a través de una estrecha calle de polvo que llegaba hasta una finca de café, de la cual se apropiaron. Para la noche de ese día, pidió que se hiciera una

barricada al principio de la calle y puso hombres armados a proteger la entrada. Nadie entraría en su zona.

Y nadie lo intentaría. La policía había desaparecido en un nefasto acto de magia y el ejército igual. Al caer la noche, la televisión y la radio emitieron un mensaje del gobierno a la nación, el presidente en persona les había pedido que mantuvieran la calma, que pronto se restablecería el orden, la paz, la salud, pero no mencionó ni una sola palabra sobre qué era lo que sucedía. Doña Leticia escuchó el mensaje y supo, sin ninguna duda, que había llegado la hora de estar solos, que nadie llegaría para brindarles una mano, que había llegado la hora de tomar su arma, vestirse sus ropas oscuras, plantarse frente a la gente que la rodeaba y guiarlas para convertirse en su líder. Y así sucedió, se convirtió en la Líder. Y pronto, ya nadie la llamaba por su nombre, nadie le dijo más doña Leticia, ni la vio como la panadera, la viuda panadera, la mujer de los panes excéntricos, para todos se convirtió en la mujer oscura y terrible que se paseaba al principio de la mañana y al principio de la noche por todo el campamento y a la que todos saludaban al pasar llamándola la Líder, o Señora, la temible dama vestida de negro.

La guerra

Ellos atacaron primero. La Líder les enseñó que era su obligación hacerlo. Los convenció de que atacar era la única manera de sobrevivir. Anticiparse a la guerra es llevar la sorpresa de su lado, eso les dijo, e hizo que cargaran las armas, que estudiaran las otras comunidades, que se contaran cuántos hombres en edad de pelear había en ellas, cuántas mujeres, y elaboraron un plan. Los convenció que, si alguien iba a sobrevivir en todo ese caos eran ellos, porque solo los más fuertes estaban capacitados para hacerlo, por eso ellos tenían que ser los más fuertes.

La líder les hizo vestirse de negro, justo como ella, y les

mostró la manera de atacar por la noche. Cuando todo comenzó, eligieron una comunidad que habitaba unos apartamentos en la parte sur de la ciudad. Cerca de ella había un pequeño bosque, suficiente para esconderse en la oscuridad y esperar. Asaltaron el muro principal. Eran veintisiete hombres y una sola mujer. Todos armados. Ellos con fusiles y pistolas; ella con un leño enorme pintado de negro, disimulando la sangre que yacía coagulada sobre esa madera que había conocido tres veces la muerte y muchas otras el sabor de la carne humana. Aquella primera tarea fue fácil. Mataron a todos los que había adentro. Mujeres, niños, hombres y los pocos ancianos. Cuando la faena hubo terminado, tomaron lo que quisieron y se fueron. Antes del amanecer estaban de regreso en su cerro, en su fortaleza. Tras ellos, tras la líder y sus veintisiete hombres, había un largo camino de huellas sobre una sangre todavía tibia.

El fantasma

Los niños fueron los primeros en verlo. Le observaron al atardecer en la colonia abandonada que se hallaba junto al cerro. Aunque lo tenían prohibido, algunos niños se habían atrevido a bajar hasta la colonia para explorar en las casas abandonadas. En una de ellas, guardado en un ropero, encontraron un Monopoly con todas sus piezas. Pasaron un par de horas entregados al juego, hasta que notaron que oscurecía. No era recomendable andar por la calles a esa hora, sobre todo por los perros, que eran un peligro inminente. Tenían un largo camino por recorrer y sabían que la noche los alcanzaría antes de llegar a su comunidad. Eran cinco. El mayor tenía doce años y el menor nueve. Dos eran hermanos. Uno de los hermanos, que era el último en la fila, miraba hacia atrás constantemente y en una de esas ocasiones lo vio. Parecía un hombre como cualquier otro hombre, pero era poco probable que un hombre caminara por las calles desoladas de la colonia a esa hora y sin compañía. El niño se detuvo y advirtió a los otros, y todos se

escondieron tras unos matorrales. Lo que observaron apenas era una silueta en la oscuridad que crecía. De pronto, se perdió a través de lo que los niños creyeron entonces era una pared.

— ¿Era real? – preguntó uno.

— Era un muerto – dijo otro de los niños —. Ningún vivo anda por allí a esta hora.

Otro de los niños les mostró su brazo: su piel se había erizado por completo.

— Cuando dijiste que era un muerto se me erizó la piel.

— Entonces es verdad lo que dije— dijo uno de los hermanos, el mayor de ellos—. Si te erizó la piel, es que era cierto. No hay duda.

Otra vez el fantasma

Unos días más tarde, el fantasma fue visto por segunda vez. También era el final de la tarde. Un grupo de tres vigilantes de la comunidad de la Líder, caminaban a la orilla del cerro, cuando, muy lejos, en uno de los pasajes de la colonia abandonada, divisaron una silueta andar en medio de la calle. No pudieron distinguirlo con claridad, pero estaban seguros de que era un hombre el que deambulaba abajo, entre las casas vacías, aunque no estaban seguro si vivo o si muerto, pero ya entonces pensaron que era un No vivo, pues nadie se atrevía a recorrer esas calles sombrías a esa hora como aquella. Ningún vivo se atrevería a desafiar a los perros o a ellos mismos.

Unos días más tarde, la misma patrulla de tres hombres volvió a observar una silueta que caminaba en la oscuridad, a través de la niebla.

— Era una forma humana – dijo uno de ellos—. Parecía un hombre.

Estaban reunidos alrededor del fuego de una veintena de adultos y algunos niños. Entre ellos se encontraba la Líder.

— Apareció entre las sombras y desapareció entre las sombras.

— Nosotros también lo hemos visto – dijo otro hombre, miembro de otra patrulla de vigilancia —. Es así, aparece al atardecer y después desaparece.

— ¿Qué vamos a hacer? – preguntó una mujer.

— Nada – dijo otra mujer, muy vieja, de nombre era Judith —. A los muertos no se los molesta. Este es un lugar lleno de muertos que no murieron en paz, y más vale que no nos metamos con los muertos si no queremos que los muertos se metan con nosotros.

— Ahora resulta que vamos a tenerle miedo a los muertos – dijo un muchacho que se llamaba Andrés.

— No vamos a tenerle miedo a los muertos – dijo entonces la Líder —. Ni a los muertos ni a los vivos. Pero a los vivos podemos agarrarlos del pescuezo y a los muertos no. Este es un valle de muertos. Eso es lo que es. Así que dejemos a los muertos en paz.

— Pero señora – dijo Andrés, refiriéndose a la líder —, pienso que deberíamos investigar.

— Entonces investigá – dijo la Líder —. Andá a ver qué es, salí de los muros y te auguro que te vas a encontrar no solo con un muerto sino con docenas o cientos que deambulan esta ciudad que dejó de ser una ciudad hace mucho y se convirtió en un cementerio. Andá y te prometo que te vas a encontrar también con los perros, y si no te matan los perros, te voy a matar yo, por imbécil, por no escuchar la sabiduría de los mayores. Nosotros solo hablamos con los vivos, porque a esos podemos cortarles la cabeza, pero nadie puede cortarle la cabeza a los muertos.

Cada noche, después de cenar, se reunían con la Líder para hablar de lo sucedido durante el día. Entonces el tema del fantasma era lo que más importaba.

Tiempo después, en una reunión similar, un muchacho alzó la mano y habló ante todos. Dijo:

— Pido permiso para hablar con los muertos.

Todos se quedaron callados al escuchar semejante petición. El fuego iluminaba los rostros y el viento soplaba dulcemente. La niebla los rodeaba como un abrigo.

— Señora líder – dijo el muchacho—, pido permiso para hablar con los muertos.

— No sabés lo que estás pidiendo – respondió la Líder. Su voz era oscura, profunda, serena, impasible.

— No quiero faltarle el respeto, pero, si hay algo en la vida que sé, es hablar con los muertos – dijo el muchacho.

— Estos son otros tiempos – dijo la Líder.

— Los muertos son los muertos, los de esta época y los de cualquier época.

— No, Rubén – dijo la Líder, refiriéndose al muchacho —, cuando vos eras niño y hablabas con los muertos lo hacías en un mundo donde salía el sol, no en este pantano sombrío lleno de cosas terribles.

— Nosotros somos terribles también – dijo Rubén.

— Sí – dijo la Líder—, nosotros somos terribles, pero todavía pertenecemos a la raza de los humanos no a la de los espectros, y contra los espectros nada podemos. Nosotros somos la maldad de este mundo, y nadie puede contra nosotros en este mundo, nosotros somos el martillo y la piedra y el filo del cuchillo y el grito de dolor y el grito de victoria, nosotros somos los dueños de esta niebla, nosotros somos la puta vela encendida y el soplido para apagar la vela encendida, pero de este lado del mundo, por eso no te permito hacer lo que querés hacer, no te permito hablar con los muertos, porque aunque vos creás que ganaríamos mucho, yo creo que podemos perderlo todo.

El encuentro

El valle – que era como le denominaban a la antigua ciudad – pertenecía casi en su totalidad a la gente del cerro. A la única comunidad que le habían permitido sobrevivir era a la de la iglesia de Monseñor, pues les suministraban casi todas las hortalizas que consumían, además, creían que no eran una amenaza ya que en su mayoría eran viejas mujeres y niños. Para

la gente del cerro y su líder dejarlos vivir era una estrategia. Y lo sería hasta que las cosas no cambiaran. Con la tranquilidad del valle conquistado, decidieron que era tiempo de recorrer el resto del territorio para saber si habían sobrevivido otras comunidades. Tenían cómo hacerlo. Los camiones cisterna aún estaban llenos de gasolina, además, poseían un automóvil en perfecto estado. Para la Líder era importante saber qué había sido de la Santa. En algún momento escuchó hablar de ella, de sus milagros, de la ocasión que caminó sobre las aguas, de cómo sanaba a los enfermos, y sabía también que su comunidad era grande, y, aunque se habían marchado al interior y no habían escuchado sobre ellos en mucho tiempo, no tenían la certeza de que se hubieran extinguido. Si eran tan grandes como se decía, serían peligrosos. Y la líder quería estar preparada si fuera necesario. Se decidió que algunos saldrían a la carretera y visitarían las antiguas ciudades y los antiguos poblados. Si había alguna señal de vida, solo tenían que informarlo, jamás relacionarse.

Sucedió que, al regresar una tarde, los del automóvil de exploración observaron que alguien caminaba en una de las calles de la colonia abandonada. No tuvieron duda que era el fantasma, pues tres de los cuatro que iban en el automóvil lo habían visto antes. Bajaron la marcha. Nadie antes lo había visto tan claramente. Nadie lo había visto durante el día. El cuarto, el que nunca lo había visto, era Rubén, el muchacho al que la Líder le había negado su petición de hablar con los muertos.

— Es el destino – dijo Rubén.

— Qué destino ni que mierdas – dijo el conductor del auto.

— No seas cobarde, cabrón – dijo Rubén.

— No es eso, pendejo – dijo Mario, quien iba sentado junto al conductor —, la señora Líder te lo dijo bien claro.

— Pero nadie va a decirle nada a la señora– insistió Rubén.

— No tenemos nada qué perder – dijo uno que se llamaba Matías, quien conducía —. Además, no podemos tener miedo.

Finalmente, aceleró para alcanzar al fantasma y luego detuvo

el coche. el conductor detuvo el coche. El día era frío, gris. Oscurecía. Las casas abandonadas tenían un aspecto lúgubre. Bajaron los cuatro, tres hombres y una chica. Rubén caminó en dirección del fantasma, que había dejado de moverse. Antes, cuando niño, Rubén había aprendido a decir una frase cuando se dirigía a un No vivo: “Qué Cristo te bendiga”. Un ráfaga de viento frío les dio en el rostro. La calle les pareció más larga y vacía que nunca. Todos estaban muy nerviosos. El conductor se quedó atrás. Lucía, la chica, se quedó junto a él. Rubén avanzó solo.

— Qué Cristo te bendiga – dijo Rubén, pero no encontró respuesta. Entonces se atrevió a decir otra vez, un poco más fuerte: Qué Cristo te bendiga, hermano, yo soy Rubén, el que habla con los muertos. Qué el señor te proteja en tu limbo. Qué Cristo...

No terminó la frase, el no vivo que veía Rubén alzó la mano y con un ademán le hizo volar por los aires. Rubén sintió una especie de ola de fuerza que lo levantaba, una ola incontenible que duró menos que un instante. Se estrelló contra el automóvil. Un golpe terrible en la espalda y la cabeza. Murió con el impacto.

Los muertos

Al no llegar a la hora prevista, otra cuadrilla había salido a buscarlos y los había encontrado, a los cuatro, tirados en el piso y arrojados por su propia sangre. Uno de ellos, el conductor, aún se encontraba con vida. Entre balbuceos les dijo que había sido el fantasma quien los había atacado.

Antes de llegar al campamento estaba muerto. La Líder preguntó si se sabía quién había sido, y los hombres le respondieron que, cuando aún vivía, les había dicho que el fantasma.

—Los que hicieron esto no estaban muertos —dijo la Líder—. Los muertos no pueden matar a nadie, sabemos quiénes son

los culpables porque no hay nadie más aquí.

Entonces ordenó que cortaran las cuatro cabezas de sus muertos y las enviaran como una advertencia.

— Malditos traidores – dijo, refiriéndose a los de la iglesia de Monseñor —. No los vamos a atacar por la espalda, los vamos a atacar con honor, de frente, como guerreros. Lléveles las cabezas. Que las encuentren al amanecer y que se preparen los malditos para el crepúsculo del día siguiente. Les voy a dar un día para huir o para pelear. Después de eso, les cortamos la cabezas a todos esos miserables.

Antes del mediodía del día siguiente, recibieron un enviado de Monseñor. La Líder lo hizo pasar a su habitación y esperó a escuchar lo que tenía que decir aquel hombre. La Líder lo escuchó excusarse y pensaba todo el tiempo que era un cobarde, porque no llegaban para llevar a cabo un arreglo sino para negar lo que habían hecho, al tiempo que pedía su piedad.

— Monseñor pide su piedad y su comprensión.

— Dígale a Monseñor que he tenido toda la piedad y toda la comprensión. Pero también dígale que les haré una visita mañana al caer la tarde, al crepúsculo, y que me reciba como mejor crea él conveniente.

El hombre se marchó y los cuchillos empezaron a afilarse en el cerro. La Líder pintó una vez más su garrote y lo dejó junto a su cama. Ese día quiso encender el horno de leña y preparar masa para hacer pan. Elaboró un hombre entero que rellenó con huevos y unas pocas cebollas. Cuando estuvo listo, se cenó parte de la cabeza.

La visita

— Un hombre moribundo no miente – dijo una de las siete mujeres que estaban reunidas. Era vieja, desdentada, con los ojos verdosos por las cataratas. Como las otras, vestía de negro y llevaba un paño negro en la cabeza —, si dijo que era un fantasma, un fantasma sería.

— Tenemos que bajar y enfrentarlo – dijo otra más.

— Tenemos que sacarlo y obligarlo a que pague – dijo una tercera.

— Tiene que ser a la noche de hoy, si es a la noche de hoy podemos evitar el enfrentamiento de mañana – dijo otra más.

Estaban encerradas en una pequeña habitación, sentadas en el piso alrededor de un diminuto mechero encendido. Con sus vestidos negros eran parte de la oscuridad. La gente del cerro las llamaba las brujas. Se contaba de ellas que habían sobrevivido a la catástrofe por sus propios medios mágicos, y que solo la Líder sabía cuáles eran, pues ellas mismas se los habían mostrado.

— Un hombre moribundo no miente – dijo la primera en hablar —. Tenemos trabajo que hacer.

Antes de caer la noche, bajaron por el camino del cerro y se internaron en la colonia. Recorrieron muchas casas hasta que una de ellas dio el aviso que había encontrado el nicho que buscaban.

— He hallado el nicho – dijo a una compañera, que corrió a avisarle a las demás.

La mujer había sentido una presencia. Examinó la casa, habitación por habitación, y encontró pruebas de que alguien habitaba en el lugar. Un morador protegido en la oscuridad. Para ellas no hubo dudas de que se trataba de un muerto, puesto que ningún vivo se atrevería a cruzar a través de esas tinieblas, ni siquiera ellas, a quienes la malignidad les había rozado la piel con su frío.

— Tiene que venir, así que vamos a esperar – dijo a las otras.

Rodearon la casa. Se diseminaron a través de toda ella y esperaron a que cayera la noche. No pasó mucho tiempo para que el habitante regresara.

Parte ocho. El ataque

Sombras

Cuando Benjamín llegó a casa de su madre tuvo la sensación de que alguien había estado o aún estaba ahí. La oscuridad no era todavía total afuera, pero sí dentro de la casa. Entró con sigilo y revisó sus cosas: los colchones, la ropa, la comida que le quedaba: todo estaba en orden. Cuando estaba por tirarse al colchón, escuchó un ruido que venía del tejado: un traspíe. Comprendió que no era su imaginación, alguien susurraba afuera, no era el viento, no había viento aquella noche. Se detuvo antes de encender una cerilla. Necesitaba la oscuridad. Dudó. Quizá lo mejor era tener una luz, aunque fuese leve. Entonces escuchó un nuevo ruido, ínfimo, casi irreal, que venía de la habitación de su madre. A tientas, caminó hasta ahí y se situó frente a la puerta. Se detuvo y aguzó el oído. Tenía la sensación de que estaban rodeándolo. Sabía quiénes eran. Habían llegado a buscar venganza. Por un instante pensó en correr hasta la bodega, tomar la motocicleta y huir. No sería difícil, tenía la llave en el bolsillo de su pantalón, no la dejaba nunca, no se separaba de ella jamás, de alguna forma siempre pensó que, en cualquier momento, tendría que huir. Pero no lo hizo. Decidió que tenía que defender la casa, para eso había regresado.

Una silueta corpulenta salió de las sombras propinándole un golpe en el pecho que lo hizo caer de espaldas, varios metros hacia atrás. La adrenalina se mezcló con el miedo. Por suerte, estaba consciente. No se había golpeado en la cabeza, así que pudo detener la sombra que se acercaba, la empujó con un ademán y la sombra retrocedió hasta caer con estrépito. Entonces oyó voces, muchas voces que venían de todas partes. Lo rodeaban, como había supuesto. Otra sombra, una silueta apenas, vino detrás de él justo cuando intentaba ponerse de pie, la empujó antes de que pudiera acercársele y la escuchó caer. Entonces comprendió que no podía quedarse encerrado en esa casa, no sabía cuántos eran ni si podía librarse de todos, así que

corrió hacia el patio y lo atravesó con la sensación de que era observado desde el tejado. Se detuvo frente a la puerta. Sintió una sensación de ardor caliente en el brazo. Olió sangre. Su propia sangre. Una sombra, tras él, le había clavado un cuchillo. Reaccionó empujándolo con sus propias manos. Había sentido la piel, el peso de su atacante, quien se abalanzó nuevamente sobre él, pero esta vez no lo dejó acercarse, lo hizo volar hasta unos metros, escuchó el gemido al caer y, en seguida, los gritos de los demás. Caminó hasta la motocicleta, iba casi a tuestas, le dolía el pecho y el brazo, la sangre manaba de él como las nieblas de los cerros. Buscó la llave en el bolsillo, la alcanzó, palpó el metal de la motocicleta, encontró con dificultad el orificio de la llave, la encendió, aceleró el motor, quitó el freno y salió a la noche otra vez. Al entrar a la casa arrolló a varios atacantes. Casi se cae cuando uno de ellos pudo golpearlo en la cabeza, pero no cayó, salió de la casa y aceleró lo más que pudo. Tras él escuchó unos gritos que le apreciaron terribles, como si sus atacantes no fueran hombres si no espectros.

Carretera en la oscuridad

La lluvia en su rostro era como la regadera de la casa de su madre, cuando niño, y él deseaba que el agua fuera tibia y no fría. En el departamento del señor Constantino la ducha era caliente, pero, muchas veces, incluso en invierno, se duchaba con agua helada en un intento de ser solidario con su madre, porque su madre seguía viviendo en esa casa con una sola ducha de agua fría.

La carretera se perdía en la sombra de la montaña que circundaba. Y aunque apenas podía mirar, no tenía miedo de perderse, sabía que la carretera donde transitaba lo llevaría justo donde quería ir. Su único miedo era llegar y encontrarse, no una comunidad de casas, si no las ruinas de las mismas. Finalmente, se había decidido ir en busca de Teresa.

Había empezado a tener frío pero no disminuyó la velocidad. Por una vez, no era momento para mirar atrás. Pensó que debía tratar de hacer volver a Teresa, debía hablarle de Monseñor y de José Luis y los campos sembrados de hortalizas y el pan que horneaban en la iglesia y la sopa de cebolla. De pronto se sintió ridículo pensando así. Teresa no aceptaría eso. Pero no retrocedería, no se marcharía. No volvería a vivir una vida sin Teresa, como ya alguna vez había vivido una vida sin su madre. No quería repetir ese ciclo. Tenía que salir de eso. Se quedaría con ella en su campamento y sería un profeta junto a ella, se haría a él mismo caminar sobre las aguas y, quizá, caminaría con Teresa sobre las aguas. Esta vez estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta.

Luego de un rato, observó una luz débil muy lejos en la carretera. Poco después, cuando estuvo muy cerca, detuvo el motor de la motocicleta y caminó. No quería hacer ruido y que alguien lo descubriera. Avanzó sin saber quiénes eran los culpables de esa luz. Al pasar bajo unos árboles muy altos, escuchó un sonido sobre él. Se detuvo y observó, no podían ser pájaros. No había aves en toda la región desde hacía años. Algo se movía en las ramas. Una sensación incomprensible le erizó el cuello. Entonces los observó, eran dos y estaban posados en las ramas más altas, parecían águilas enormes, pero no eran águilas. No era nada que él hubiese visto antes. Estaban ahí y pudo sentir, traído por la brisa, un olor espantoso que provenía de estos seres. Supuso que lo observaban. No podía verles el rostro, pero sabía que lo observaban así como también supo que no lo atacarían, que no estaban ahí para eso, que solo habían llegado hasta él para mostrarse si no para advertirle a quién pertenecía ese territorio donde la luz no había tenido potestad ni podría tenerla, donde los hombres y las mujeres y sus hijos y los hijos de sus hijos solo serían siluetas dentro de un espectáculo para siempre macabro.

Benjamín sintió miedo, un miedo visceral y atroz. También se sintió solo, solo en la noche insondable, y deseó que la luz que veía no fuese parte de su imaginación. Sabía que nada podía hacer un ser humano contra esa maldad. Pero él no era un

simple ser humano. Y, quizá por primera vez en su vida, agradeció no serlo.

Otra vez Teresa

Teresa no se dio cuenta de que alguien se acercaba hasta que el visitante estuvo dentro del perímetro de luz de la fogata. Aunque estaba exhausta por las horas de caminata, no se había dormido. El miedo a lo que se cernía sobre las ramas era su fuerza para mantenerse despierta. Era su segunda noche a la intemperie. Era su segunda huída también. De la comunidad de la Santa solo la Santa misma había quedado con vida.

Cuando descubrió la silueta frente a ella, se puso de pie y tomó la vara de metal que era su única protección. Tardó todavía unos segundos en darse cuenta de que había recibido su milagro. Desde que salió de la comunidad, dejando atrás, no solo las casas y la iglesia consumida por el fuego, también los cuerpos de su padre y su madre y aquellos que la habían adorado. Tres noches atrás era el día elegido. Dormirían para siempre. Ella sería la última, la que prendería fuego a la iglesia. Tomarían, antes, un veneno que los induciría al sueño. Ella misma había repartido el vino infestado a todos los feligreses, que habían cenado juntos en la nave de la iglesia. Luego, se acostaron en el piso y esperaron la visita de la Santa. Cuando todos estuvieron muertos, ella los contempló y hasta el último instante, dudó qué hacer. Pero entonces comprendió que debía vivir. Por alguna razón, supo que era lo correcto. Su destino. Prendió fuego a la iglesia, pero no se atrevió a beber el vino, y se marchó de allí dejando atrás todo por segunda vez.

—Héroe – dijo Teresa y se tapó la boca con la mano. Apenas podía creerlo. Era como una extraña visión. Teresa se acercó a benjamín y lo abrazó y lloró como una niña.

— Vine a buscarte —dijo Benjamín.

— Héroe, sos un milagro – dijo Teresa y Benjamín supo que eran palabras auténticas.

—No soy un milagro, si iba por esta carretera, te

encontraría. Eso lo sé.

—No sabes nada —dijo Teresa—. Nunca has sabido nada.

La Santa no quiso contarle lo sucedido. No entonces. Esa noche se acostaron al amparo del fuego.

Aves

Antes de dormir, Teresa pidió a Benjamín que le contara de sus años en el circo, y este le habló de Londres y Nueva York. Cuando el fuego cesó un poco, ella le pidió que le echara un poco más de ramas secas, lo que él hizo. En algún momento, mientras escuchaba a Benjamín contar sobre los diamantes de Tiffany's y las hamburguesas, ella se quedó dormida. Pronto, él también lo hizo. Se dio cuenta de que había olvidado lo ocurrido en su casa todo aquel tiempo con Teresa. Tenía mucho en qué pensar. Cosas que solucionar como dónde vivirían. Supuso que, finalmente, viviría en la iglesia. Como era una buena noche, dejó las respuestas para después, se echó en el piso y cerró los ojos.

Se despertó luego de un rato debido a la fetidez. Volvió su mirada a la parte más alta de los árboles y estaban ahí. Eran dos. Teresa también se despertó.

— Están ahí – dijo Teresa, de pronto.

— ¿Los habías visto antes?

— Sí. Han venido siguiéndome.

— ¿Han venido siguiéndote? – preguntó Benjamín, asombrado.

— Es así. No se aparecen en el día, solo de noche, esta es mi segunda noche, ayer los observé y no pude dormir por eso. Encendí la fogata más grande que podía y me quedé despierta esperando, pero no bajaron.

— ¿Le tendrán miedo al fuego?

— No lo sé. No sé si le tienen miedo al fuego o están jugando conmigo.

— ¿Sabés qué son?

— No, héroe. Pero sé que no son pájaros. Y tampoco son

ángeles. No sé que sean, pero son algo maligno. Fue culpa de la señora Ámbar, estoy segura.

— ¿Qué quieres decir?

— Que hayan venido fue culpa de la señora Ámbar. Ella los llamó en el campamento. Son reales. La invocación fue real, héroe. ¿Sabes que es una invocación? Es como un ritual.

— Sí, lo sé. Lo entiendo.

Teresa se estremeció. Como un reflejo, se hizo la señal de la cruz desde la frente hasta el pecho. Se sentó y recogió las piernas entre sus brazos. Benjamín se dio cuenta de que ya no era la misma. La fragilidad era evidente. Benjamín se acercó a ella para abrazarla otra vez.

— Sí son reales – le dijo Benjamín –, que no se atrevan a bajar.

Teresa no dijo nada. Había un enorme cansancio que había crecido en ella otra vez. Benjamín volvió a pedirle que durmiera y ella volvió a intentarlo. Por suerte, consiguió dormir unas pocas horas. Cuando despertó, ya era la mañana, y todo seguía allí, menos las aves.

Una vuelta

Viajaban en la motocicleta y la noche caía sobre ellos cuando divisaron un leve resplandor que se elevaba en el occidente. Habían pasado todo el día juntos. Bajaron a un río cercano y comieron allí de las provisiones de Teresa. Hablaron sobre lo venidero. Benjamín le contó sobre Monseñor y José Luis, sobre los campos de hortalizas, sobre los niños, y a ella todo le pareció bien. Al final de la tarde, Teresa le pidió que se marcharan, no quería pasar una noche más a la intemperie, con aquellas aves gigantescas y sombrías sobre sus cabezas. Así que cogieron la motocicleta y emprendieron el retorno. Cuando estaban cerca de la Iglesia, observaron las llamas. Había un incendio. Luego de un rato pudieron escuchar las campanas. Estaban doblando y Benjamín supo que lo llamaban, que

estaban gritando para él, pero él aún estaba demasiado lejos.

Apresuró la marcha lo más que pudo, pero no le cupo duda de que sería demasiado tarde.

Las campanas no habían dejado de doblar para cuando llegaron. Todo estaba en llamas. El edificio de la iglesia, los dormitorios. Una enorme columna de humo se levantaba del edificio donde había estado el comedor y la cocina. Las puertas del portón principal estaban abiertas. Benjamín bajó de la motocicleta y se dirigió al edificio donde dormía José Luis. Había cuerpos tirados en el patio, que era una piscina de sangre fresca. En uno de los estanques que flanquean la entrada de la propiedad había varios cuerpos sumergidos. A lo lejos se escuchaba el aullido de los perros y algunos disparos. Nada era cercano. Benjamín no tuvo necesidad de llegar adentro: encontró el cuerpo del José Luis en el patio. Tenía el pecho lleno de sangre que manaba de dos orificios de bala. Había muerto con los ojos abiertos, pero al menos estaba completo. Benjamín se arrodilló y lo abrazó. Hacía mucho tiempo que no lloraba. Teresa se encontraba tras él, sin decir nada, viendo a un lado y otro, temerosa de que hubiera alguien de los atacantes todavía en la zona. Benjamín dio un beso en la frente a José Luis. Volvía a estar solo. Tenía esa sensación. Podía confiar en que Teresa se quedase, pero aún así la estaba desolado. Se sentó junto al que había sido su amigo. Y, como había sucedido muchas veces con su madre, lamentó no haber estado allí, con él, cuando lo necesitaban.

Caos

Los edificios se desmoronaban a su alrededor consumidos por el fuego. Se escuchó un enorme estrépito al caer el techo de madera del comedor.

— No podemos estar aquí —dijo Teresa.

Benjamín lloraba amargamente, con la cabeza hundida entre sus piernas.

— ¿Era tu hermano? —preguntó Teresa.

Benjamín escuchó la pregunta y negó con la cabeza. Teresa se inclinó y lo abrazó y él se dejó hacer. Se mantuvo así por unos minutos, diez, quince, y entonces se separó de ella y se levantó. Las campanas no dejaban de sonar, así que caminó en dirección al campanario. Lo esperaba una broma macabra: una mujer estaba colgada del lazo con el que se hacía sonar la campana, la habían colgado del cuello y oscilaba de arriba abajo. Benjamín la desamarró y esta cayó sobre el piso.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Teresa. Y Benjamín caminó con rapidez sin responder.

— No te quedés atrás – gritó a Teresa y ella lo siguió.

Los aullidos de los perros estaban más cerca. Los perros eran carroñeros, olían a los muertos, así que era seguro que estaban en camino. Benjamín sabía que tenían que huir de aquella inmundicia, pero antes tenía que verificar el refugio. El refugio se encontraba bajo una pequeña casa de cemento donde se guardaban sacos con hortalizas y herramientas. Quien entraba ahí podía confundirlo con una bodega, pero, tras un muro que hacían los sacos de hortalizas, se hallaba una puerta. Benjamín tocó tres veces, luego dos más. Esa era la clave. Entonces, increíblemente, la puerta se abrió. Los niños estaban todavía con vida.

La oscuridad

—Tenés que quedarte con ellos– dijo Benjamín a Teresa —. Van a venir los perros, así que oigan lo que oigan, no salgan. Esta puerta no debe abrirse aunque el Apocalipsis suceda afuera. ¿Me comprendes?

— ¿Pero a dónde vas? —preguntó Teresa, angustiada.

Benjamín no respondió. Empujó a Teresa al interior del refugio y cerró la puerta. Dejó unos cuantos sacos cubriendo la entrada y salió a la noche terrible. No era una noche fría, al menos no lo era en el interior de la iglesia, donde el infierno se

había establecido a través de las llamas inmensas.

Benjamín ni siquiera se molestó en ir a buscar a Monseñor: ni valía la pena ni tenía tiempo. Sin embargo, recogió el cuerpo de José Luis y lo hizo subir a un árbol: no permitiría que los perros lo tocasen.

Subió a la motocicleta y se dirigió a donde debía dirigirse, a donde lo esperaban todos sus miedos juntos. El camino que llevaba a la comunidad del cerro era de tierra. Mientras aceleraba, la desolación lo consumía. No había podido proteger a su madre, tampoco a José Luis, y estaba convencido de que no podía volver a ocurrir. Tenía que hacerlo por Teresa.

En el cerro se sorprendieron al descubrir que alguien se acercaba. Se creían solos en la ciudad. Solos en toda esa región de muerte y de nieblas. Los hombres todavía no se habían cambiado y la sangre de los adversarios estaba en las camisas y las suelas de sus zapatos. La noche era profunda. Una oscuridad total se cernía en todas direcciones.

— ¿Quién será el suicida? — dijo la Líder. Su ejército de hombres se encontraba alrededor de ella —. Quien sea, no lo maten. Quiero saber qué quiere y quién es. Salgan a la explanada y esperen ahí.

Los hombres salieron de la comunidad y esperaron en una explanada de tierra justo afuera del muro que los protegía. Tenían amas de fuego y machetes. El filo de los machetes cortaba la oscuridad con su brillo. Jamás habían sido atacados antes, por ello, al ver al hombrecillo delgado bajarse de la motocicleta, se llenaron de incredulidad.

— ¿Quién es este imbécil? — dijo uno de los hombres. Y la noche se llenó de voces y de burlas.

Benjamín observó a las docenas de hombres armados que tenía enfrente. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Jamás había sentido algo similar: el miedo se había convertido en dolor, el dolor en furia, la furia en poder. Bajó de la motocicleta y caminó lentamente, como esperando no ser el primero en hacer algo. Como a la espera de una provocación.

— ¿Qué tenés que venir a buscar aquí? — dijo uno de los hombres y entonces la respuesta no dejó dudas. Benjamín hizo

un ademán y sucedió algo tan extraño como terrible. Con ese solo ademán violento, similar al que se hace con el brazo para quitarse un molesto mosquito, hizo que todo un ejército de hombres volara hasta estrellarse en las paredes filosas de un acantilado vecino, a su izquierda. Todo un ejército de hombres fuertes fueron lanzados al vacío con un solo ademán. Hombres que habían resistido a la devastación de las lluvias, de la viruela, de la falta de agua potable o comida, a los perros, a los otros hombres, al frío y la desolación de aquel valle inmundado infestado de nieblas, habían sido devastados con un solo gesto, tan simple como definitivo.

Entonces, Benjamín observó a la mujer, vestía toda de negro y sostenía un garrote en la mano. Caminó con decisión hacia ella. La mujer levantó su garrote. Tenía el rostro colmado por una gravedad espantosa. Furia en estado puro. Pero poco importaba. La mujer gritó algo que Benjamín no pudo escuchar o comprender. La mujer gritó y corrió y cuando estuvo frente a Benjamín dejó caer con todas sus fuerzas el garrote, pero Benjamín hizo un pequeño gesto con su mano derecha y el garrote se detuvo en el aire. La mujer trató de moverlo sin conseguirlo. Luego, con un ademán similar, hizo que la mujer volara en dirección del mismo acantilado en el que yacía su ejército. Así acabó la líder. Su reinado sombrío derrumbado en un instante.

Pero no había terminado. No podía terminar así para Benjamín, sabía que tenía que ir más allá. Se detuvo al portón de hierro de la comunidad del cerro e hizo lo que tenía que hacer, lo que había llegado a hacer, otro ademán, otro mosquito molesto más en la noche, y el portón se despegó de sus cimientos, otro más y una pared cayó derrumbada, otro más y un edificio se derrumbó sobre sus columnas. A nada le dio tiempo. A nadie. Abrió sus brazos cuan largos podían ser y algo como una ola gigante salió de él y se diseminó arrastrando todo a su paso. Había mujeres, ancianos, algunos niños, algunos pocos hombres, y todos fueron arrastrados por esa fuerza que nadie supo comprender. Benjamín había dejado de ser un hombre para convertirse en un abismo terrible. Un relámpago en la

oscuridad. Y cuando todo hubo terminado, cuando la última casa de la comunidad del cerro y su último habitante había caído en la oscuridad total, vio venir a la niebla, lenta, sinuosa, espesa, húmeda, que bajaba de los árboles como una gigantesca serpiente maligna.

El final

El sonido de los drones alrededor de él no era el presagio de que algo iba a suceder sino la confirmación de que había sucedido ya. Benjamín estaba sentado sobre una colina cercana a la casa de su madre. Desde donde se hallaba podían verse los campos de trigo cercanos. No llovía. Tenía varias semanas de no llover. Tampoco hacía calor, aunque podría decirse que estaban en verano. Había una brisa suave que hacía que los árboles susurrasen semejantes al cántico de la madre en el oído del hijo pequeño acostado en la cama y a punto de dormirse. Los drones eran cinco y lo rodearon. Benjamín ni siquiera se inmutó. Él sabía que tenían que venir alguna vez. No lo había deseado ni había dejado de desearlo. Ahora vendrían a asombrarse de encontrarlos con vida. Diecinueve muchachos, doce hembras y tres varones, entre los dieciséis y los doce años, una niña de nueve años y medio, un hombre de más de cuarenta y una mujer de treinta y nueve. Nadie más quedaba en la zona de las nieblas.

Habían pasado casi cinco años desde el enfrentamiento con los habitantes del cerro. En ese tiempo, las nieblas se habían disipado lo suficiente y la lluvia había disminuido de manera considerable. Y lo que había sucedido afuera de algún modo también sucedido dentro porque como nunca antes, Benjamín estaba lleno de paz. Algo muy cercano al orgullo se había

adentrado en él desde hacía mucho tiempo. Alguna vez incluso había pensado que Monseñor había tenido razón en una cosa: él era un Adán. Pero un Adán a la inversa. Su destino era ser el último que quedaba. Alguien tenía que serlo, había concluido. Él era la culminación de algo, el punto final de una historia. Si un ser humano había sido el primero alguna vez, un ser humano tendría que ser el último. Desde el día del enfrentamiento con la gente del cerro no había nadie que pudiera decir: “Hubo una vez un lugar; hubo una vez unos hombres”. Solo él podía decir esas palabras. Con él iniciaba el nuevo mito. Con él iniciaba la nueva raza. Con el último, que siempre es el primero.

Lleno de convicción, lo único que había decidido Benjamín era que no se moverían de ahí, no importaba quienes viniesen a buscarlos. Si el mundo los había olvidado durante tantos años, no estaría mal olvidarse del mundo también. Aquel era su hogar. Si algunos querían regresar, serían bienvenidos, pero no podía permitir que los separaran a Teresa y a él de los muchachos, no podía permitir que los llevaran a una de sus fabulosas ciudades y les enseñaran a vivir como ellos pensaban que debían vivir. Algo estaba próximo. Él podía sentirlo con total claridad. El tiempo llegaba. Pero, por el momento, se encontraba sentado en su colina preferida. Bajo ella se extendía la colonia y en la colonia se hallaba la casa de su madre, que había acomodado hacía mucho tiempo para él y para Teresa. Seis casas más, todas vecinas, habían sido acomodadas para el resto de lo que él llamaba sus hijos. No tenía ganas de levantarse, pero tendría que hacerlo porque tres de los muchachos estaban todavía en el campo y posiblemente se alarmarían al descubrir los drones. Benjamín se levantó con tranquilidad. Una de aquellos aparatos se detuvo flotando frente a él. Tenía forma redonda como una pelota de baloncesto con varios ojos lumínicos alrededor. Benjamín sabía que alguien, en alguna parte, estaría observándolo en ese momento preciso. También se le ocurrió que quizás podía oírlo también. Por eso sintió que era el instante de hablar, de mostrarles, de advertirles con quién tendrían que tratar en adelante. Les dijo:

— Sí, soy yo y todavía estoy aquí. Si quieren, pueden

regresar. Pero no piensen que voy a irme de este sitio. No lo piensen. Por Dios, no se atrevan a pensarlo, no se atrevan si quiera a intentar venir a sacarme de aquí porque no saben lo que van a encontrar ni a quién van a enfrentarse. Por su bien, no se atrevan.

Miró a los drones por un segundo. Un instante más tarde, como quien se aparta unos molestos mosquitos, Benjamín hizo un ademán, veloz como un relámpago, y los drones desaparecieron de su vista en una exhalación.